

BOLSILIBROS BRUGUERA



SERVICIO SECRETO

operación chantaje

all regaldie



SS

SERVICIO SECRETO



ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

- En Colección BISONTE SERIE ROJA:
1.308. — La muerte cabalga por la pradera.
- En Colección SERVICIO SECRETO:
926. — La muerte dejó rastro.
- En Colección BUFALO:
997. — Club de asesinos.
- En Colección SALVAJE TEXAS:
908. — Caravana mortal.
- En Colección CALIFORNIA:
898. — ¡Cuidado, Morgan vuelve!
- En Colección COLORADO:
953. — La parca llega a Red Hill.
- En Colección BRAVO OESTE:
587. — La ley de los ambiciosos.
- En Colección PUNTO ROJO:
704. — El muerto era yo.
- En Colección ASES DEL OESTE:
661. — Sorpresa en la noche.
- En Colección BISONTE SERIE AZUL:
215. — Senderos de muerte.
- En Colección BUFALO SERIE AZUL:
166. — El muerto pide venganza.
- En Colección KANSAS:
927. — La viuda Sharkey.

ALF REGALDIE

OPERACION CHANTAJE

Colección
SERVICIO SECRETO n.º 1.335
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

ISBN 84-02-02513-7

Depósito legal: B. 539 - 1976

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: marzo, 1976

© Alf Regaldie - 1976

Editorial Bruguera, S. A. Barcelona (España)
texto

© Miguel García - 1976

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1976

CAPÍTULO PRIMERO

Sí, ya sé que antes de iniciar este relato debería presentarme. Pero ¿qué les voy a decir de mí que no lo hayan dicho ya mis amigos? ¿O mis enemigos?

Sin embargo, como no quiero pecar de descortés, diré que me llamo Lloyd Duncan, y que ando ya muy cerca de los treinta.

¿Lo que he hecho de provecho en mi vida? Muy poco, la verdad. Vivir tratando de no fastidiar a los demás. Que ya es algo en estos tiempos tan revueltos en que la gente está demasiado interesada en meter la nariz en las vidas de unos y otros.

Mi estatura es de un metro ochenta y siete centímetros. Y peso alrededor de los ochenta y tres kilogramos.

He sido un deportista aceptable. Por lo cual no he querido profesionalizarme en ningún deporte, aunque podría haberlo hecho. Pero entonces habría perdido el sentido deportivo que tengo de la vida.

He dado bastantes tumbos; y en la actualidad me dedico a vender a domicilio aparatos electrodomésticos. Sí, justo: Esa plaga de la civilización.

La verdad es que la cosa no se me da mal del todo. Vendo bastante.

Pero no todo es vender. Hay que cobrar. Y ahí empieza lo malo, aunque no sea yo el encargado de los cobros.

Todos los compradores pagan muy bien el primer plazo; pero muchos de ellos se hacen los locos después; y no hay medio de sacarles un centavo más.

Entonces hay que retirarles el electrodoméstico.

Y yo, después de trabajar, me quedo sin la correspondiente comisión. Ni siquiera la que debe corresponder al plazo o plazos

cobrados.

Porque el ladino de mi jefe considera que, lo que se ha cobrado, debe servir para pagar el deterioro que con el uso puede haber sufrido el aparato.

¡El es así de avisado!

Pero ya hablaré de ese panzudo sapo cuando llegue la ocasión.

Aquél no era mi día, lo confieso. Había ido de fracaso en fracaso, sin tener la suerte siquiera de haber cosechado alguna linda sonrisa.

Entonces decidí hacer una visita a una linda vecina. Estaba seguro de que Connie Finn no me compraría nada. Pero verla era algo que valía la pena.

Y si se la veía en ropa casera, mejor que mejor.

Además, me intrigaba una cosa durante aquellos días. Connie, tan celosa de su libertad, había admitido una compañera en su pequeño apartamento.

Y eso era algo insólito.

Por otra parte, la compañera parecía bastante misteriosa. No salía de casa, no se dejaba ver en ninguna de las dos ventanas que daban frente a las mías y a las que Connie se solía asomar con cierta frecuencia.

¿Qué podía servirme de vehículo para entrar en el apartamento de Connie? ¿Un aspirador?

Ella se reiría de mí, seguro. Pero yo tendría la ocasión de hacerle una demostración. Aunque en su casa no habría demasiado polvo que limpiar, seguro.

En cierta ocasión yo había hecho una demostración de frigorífico a Connie. Y como no era cosa de cargar con el frigorífico, había sido ella la que había venido a mi pequeño apartamento.

Esa cosa fue bien. Parece que la chica no había quedado descontenta.

Pero no había habido ocasión de repetir, y... Yo iba a intentarlo. Ustedes me entienden, ¿verdad?

Total, que me desplazé rápidamente una vez tomada la decisión. Connie, a aquella hora, estaba normalmente en su apartamento.

Habría llegado ya de su trabajo, se habría duchado y estaría fresca, dispuesta a preparar su modesta cena. Porque la chica no quería engordar y era muy frugal.

Me sentí espléndido y en el mismo edificio adquirí una botella de buen vino de champaña y unas chucherías de esas que no engordan y gustan.

Estaba seguro de que ella lo agradecería.

Ante la puerta del edificio se había detenido una ambulancia. Un hombre se hallaba al volante de la misma, mientras otro, con bata blanca, permanecía sentado en la parte trasera que se hallaba abierta, dispuesta a recibir al enfermo.

Tomé uno de los ascensores. Y pulsé para ir al quinto. No era una edificación alta y había tranquilidad en ella a aquella hora, cuando ya había cesado la actividad en las oficinas repartidas en los dos primeros pisos.

El ascensor se detuvo. Y salí al pasillo.

El otro ascensor se hallaba detenido también en el mismo piso. Y abierto.

Aquello no resultó para mí de buen augurio.

A la puerta del ascensor, para que nadie lo tomara, se hallaba otro individuo con bata blanca.

Pero no era ése el único. Habían cuatro más y precisamente a la puerta del apartamento de Connie.

En el momento en que yo llegaba, uno de ellos golpeaba a Connie con una porra de goma y la hacía caer sin sentido.

Los otros tres forcejeaban con la otra joven que yo había entrevisto a través de los visillos de las ventanas del apartamento de Connie.

Uno de los cuatro había golpeado a Connie y tan pronto como me vio, salió a mi encuentro dispuesto a ayudar al que se hallaba a la puerta del ascensor.

Porque estaba claro que yo debía convertirme forzosamente en su enemigo.

Los otros tres mantenían a la joven bien sujeta. Uno de ellos le había tapado la boca para que no pudiese gritar y le había trabado ambos brazos a la espalda.

Los otros dos la sujetaban fuertemente por piernas y cuerpo siguiendo las instrucciones del primero.

Esquivé al del ascensor que intentó detenerme y me fui al encuentro del de la porra de goma.

No le perdonaría que hubiese golpeado brutalmente a Connie.

No eran necesarias las palabras. El individuo, sin previo aviso, me dirigió un golpe con su porra.

Yo esquivé ágilmente de un leve salto de costado y la porra silbó hoscamente cerca de uno de mis oídos.

Había tomado por el cuello la botella de champaña. Un sacrificio que se imponía.

Y golpeé con fuerza aprovechando el fallo de mi contrario.

Se produjo una explosión y el individuo cayó fulminado. Su cabeza rebotó contra el suelo y, aunque apenas me podía fijar en ello, me di cuenta de que había comenzado a sangrar a borbotones.

La botella se había roto, eso estaba claro.

El del ascensor se lanzó contra mí al darse cuenta del fallo de su compinche.

Lo hizo adelantando audazmente a la vez que llevaba su mano diestra a la axila izquierda.

Comprendí que no hacía tal movimiento por rascarse, sino para sacar su recetario de plomo caliente.

Y yo le lancé con fuerza el estuche en donde llevaba el aspirador que debería servir para la demostración.

Di de lleno y el fulano se tambaleó, comenzando a bracear tratando de evitar su caída.

Su rostro reflejaba cómico dolor, pues el estuche le había golpeado en una zona muy sensible, ligeramente por debajo del vientre.

Total que, aunque fastidiado, estaba en condiciones de darme un disgusto.

Entonces giré levemente sobre uno de mis pies y golpeé con el otro en un preciso golpe de «kung-fu».

Hice impacto en su barbilla y el hombre se derrumbó hacia el suelo.

Sin embargo, no había recibido un castigo definitivo y antes de que pudiera reponerse me lancé sobre él, golpeando con mi cabeza en la parte media de su nariz.

Aquello fue más eficaz, pues el hombre, tras poner los ojos en blanco, quedó inmóvil, con los brazos en cruz, dando la sensación de que contaba los desconchados que había en el techo.

Naturalmente, los otros tres fulanos no permanecían quietos.

Uno de ellos se había quedado con la joven que intentaban llevarse a la fuerza, mientras los otros dos se lanzaban contra mí.

Yo no les veía, pero era algo que presentía.

Volví a golpear al que se hallaba en el suelo.

Y le despoje inmediatamente de su escupebalas.

Lo hice con el tiempo justo, porque los otros dos imitaban el movimiento hacia la axila, y no para rascarse.

Llegaron a airear sus respectivas armas; pero fui yo quien se adelantó a tirar.

¡Chap! ¡Chap!

La pistola llevaba ajustado el silenciador y aquello fue como si se hubiesen descorchado elegantemente dos botellas de champaña.

Pero el efecto fue diferente. Uno tras otro los dos individuos, bien tocados, cayeron, fulminados por la piadosa muerte.

Porque de la forma que vivían aquellas ratas de alcantarilla la acción de la muerte resultaba altamente piadosa. Al menos, para las personas decentes que quedábamos en este mundo, ávidos de tranquilidad.

El individuo que sujetaba a la amiga de Connie intentó entonces desenfundar su arma.

Lo malo para él fue que había confiado en la acción de sus compinches y llegaba un poco tarde.

A la desesperada me amenazó gritando, a la vez que se refugiaba en el cuerpo de ella, formando con él una especie de palpitante parapeto:

—¡Quieto o la mato!

Pero yo me había lanzado ya y fue cosa de décimas de segundo.

Choqué con él cuando yo iba aún por el aire y le derribé con violencia, arrastrando en nuestra caída a la linda chica.

Ella gritó asustada.

El fulano se vio obligado a soltarla para hacerme frente. No había logrado sacar su escupebalas, aunque había acariciado su culata.

E intentó airearlo de nuevo.

Yo golpeé furioso.

Había tomado la pistola por el cañón y le golpeé en la barbilla.

El vio llegar el golpe y se ladeó ligeramente. No fallé, pero el choque no resultó todo lo preciso y demoledor que yo había

presentido.

Se estremeció el individuo al impacto.

Pero realizó inmediatamente un nuevo esfuerzo para librarse de mí intentando golpearme en una de mis más sensibles regiones.

Y yo zurré de nuevo, haciéndelo con el filo de la mano. Le asesté el golpe en el entrecejo y tuve la impresión de que le hacía estallar lo que podía llevar dentro de la cabeza, porque el fulano, tras un leve estremecimiento, quedó inmóvil, con los ojos muy abiertos, como mirándome fijamente.

Pero aquellos ojos no tenían ya vida. Posiblemente, ni la tendrían jamás.

La atractiva joven que parecía ser motivo central de aquella trifulca, tras haber caído, se había sentado.

Y me miró.

Fue una mirada indefinible en la que se mezclaban el agradecimiento, el miedo y el horror.

Tras mirarme fijó su mirada en el individuo que la había mantenido atenazada.

Y dijo:

—Parece que está muerto.

—Puede que lo esté. Esos fulanos presumen de duros, pero ya ve. No son capaces de resistir una broma...

De improviso pareció sobresaltarse. Y preguntó:

—¿Quién es usted?

—No se asuste. Amigo de Connie.

Al nombrarla volví la cabeza hacia ella. La habíamos olvidado; y sin embargo, era quien más nos necesitaba.

La pobre y sugestiva Connie estaba tendida en el suelo, no había recobrado el conocimiento.

Me apresuré a manipular en su cuello, en el lugar en donde había recibido el golpe.

Comprobé que no había roturas; y comuniqué a mi bella desconocida:

—Todo va bien. Nada grave.

Suspiró la desconocida y dijo:

—Menos mal. No habría querido que por mi causa...

Casi no la escuché.

Había tomado a Connie en mis brazos para entrar con ella en el

apartamento.

La dejé en su cama y la volví a examinar.

—Lo dicho. Nada grave.

Le apliqué unos suaves masajes, le rocié el rostro con agua fría e inmediatamente vi que Connie respondía al tratamiento, abriendo los ojos.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó.

—Un poco largo de contar. Ahora procura recordar cómo se respira; y hazlo lo mejor que puedas —respondí.

Creo que de ser otro su estado, se habría reído. Connie era muy jovial entre otras muchas buenas cualidades, algunas de las cuales saltaban a la vista, como sus muslos, los cuales cubrí.

Pedí a la desconocida:

—¿Se ocupará de ella? Voy a ver qué ha sido de esos fulanos y a pasaportarlos a la cloaca de la cual no debieron de haber salido.

—No nos deje solas, por favor.

—No pensaba ir muy lejos. Precisamente venía a ver a Connie.

No quise decir que ella era uno de los motivos de mi visita. Eso y mi aburrimiento.

CAPÍTULO II

Me disponía a salir cuando Connie se incorporó y fue capaz de sonreír.

Dijo:

—Parece que has llegado a tiempo.

—Sí... Pretendía hacerte una demostración con un aspirador.

—Pues no tardes en regresar.

Volvió a sonreír. Y capté en su gesto una expresión de prometedora picardía que me conmovió.

Aunque la belleza de la desconocida había producido en mi interior una auténtica conmoción.

—¡Hasta ahora mismo! ¡Vuelvo! —exclamé.

Y salí más que aprisa, temeroso de que alguno de aquellos fulanos hubiese vuelto en sí y dado la alarma a los otros compinches que se hallaban en la calle.

No me interesaba la sorpresa ni el ruido. Y ni siquiera la intervención de la policía, aunque mi actuación había sido legítima.

Pero tenía allí un mínimo de tres cadáveres y eso significaba muchas explicaciones.

Había llegado a la puerta del apartamento.

Sí, el último de los fulanos estaba muerto. Y lo mismo sucedía a los que habían embarcado las balas.

El del botellazo no había querido ser menos. Y exhalaba el último suspiro en el momento que me acercaba a él para auxiliarle.

No me extrañó, la verdad. Lo increíble es que hubiese resistido tanto.

El que había estado de guardia a la puerta del ascensor estaba inmóvil aún. Aquello me dio mala espina.

Y no tardé en comprobar que también había tomado boleto para

ese otro barrio del que, hasta ahora, que se sepa, no ha vuelto nadie.

—Parece que he dado a lo bestia.

Me sorprendí escuchando mi propia voz en aquel comentario que resultaba un tanto frívolo en aquella especie de cementerio.

El ascensor en que habían subido ellos estaba aún abierto. Y en el interior, en vertical, había una camilla.

Seguramente era la que pensaban emplear para secuestrar a la atractiva amiga de Connie.

El otro ascensor, en el que yo había subido, hacía su servicio según pude comprobar.

Pero no se detuvo ni una sola vez en aquella planta durante todo aquel tiempo.

Tenía que tomar una decisión. Y comencé por meter en el ascensor a dos de los fulanos. Los que habían muerto a consecuencia de golpes y que, por tanto, no habían sangrado.

Entré en el elevador con ellos y pulsé el mando que nos debía conducir hasta la planta baja.

Una vez en ella, abrí.

Tuve suerte, porque no había nadie, ni siquiera el portero.

Y me dirigí a la puerta ante la cual se hallaba la ambulancia y los dos fulanos que estaban con ella.

Estaban impacientes. El del volante había bajado y conversado animadamente con el otro. Bien, más que animación, había excitación en ellos.

Y ambos me miraron fijamente cuando aparecí en la entrada.

Sonreí y llamé con una seña al de la bata blanca.

Se acercó a mí.

Caminaba con la gracia de un gorila mal domesticado. Y lanzó una especie de gruñido.

—¿Qué sucede?

—En el ascensor de la izquierda hay dos fulanos que le necesitan. Tal vez quiera usted echarles una mano —dije con ironía.

Comprendió el fulano que sucedía algo anormal y tras indicar a su otro compinche que estuviese dispuesto, avanzó hacia, el ascensor.

Se detuvo a mitad de camino al notar que yo no le seguía.

Y dije:

—Es asunto suyo a lo que me han indicado.

El fulano bufó cuando hizo su macabro descubrimiento. Y entrando en el elevador lo cerró y se lanzó arriba con él, no sin antes dirigirme una mirada que podía significar muchas cosas; y ninguna buena.

Una vez el ascensor en marcha me dirigí yo al otro. Tuve suerte porque llegaba a la planta baja en aquel momento.

Salió de él una joven pareja.

Entré, pero en lugar de pulsar para ir al quinto piso, lo hice para el sexto. Prefería bajar un piso, a que me sorprendiesen en la salida del quinto.

Apenas hube dejado el elevador, fue reclamado de la planta baja.

Y yo comencé a descender por la escalera, sin prisa alguna.

Cuando llegué a la planta en donde se había desarrollado la lucha, me sorprendió no poco advertir que los cadáveres habían desaparecido.

El fulano había trabajado con pasmosa celeridad. El ascensor había iniciado el descenso.

Pese a su celeridad, no había sido capaz de borrar las huellas de sangre del piso.

Entonces me ocupé yo de ir borrando las huellas que podía haber dejado en principio.

Entre otras cosas, yo había actuado dos años como investigador privado.

Y no tenía el mínimo de interés de que pudiesen descubrir por allí una sola huella mía.

Cuando consideré que mi trabajo había terminado, vi que el ascensor empleado por los hampones, subía otra vez.

Era como un perfecto juego escénico.

Yo me deslicé para ir a refugiarme en el tramo de escalera que conducía a la sexta planta.

Poco después escuché el leve ruido que producían dos hombres entregados a una rápida tarea de limpieza.

Me asomé y vi al de la bata blanca y al chófer borrando las sangrientas huellas dejadas por sus compinches.

Hicieron la tarea rápida y concienzudamente.

Y desaparecieron a poco. En el elevador, naturalmente.

Habían limpiado incluso el champaña vertido, llevándose así mismo los restos de la botella.

Eran unos hombres conscientes de su trabajo. De tener ocasión, les felicitaría.

Por mi parte había recobrado el estuche con el aspirador, aunque estaba bastante deteriorado.

Cuando iba a salir, hube de esconderme de nuevo.

Pero, en aquella ocasión fueron el portero y una mujer encargada de limpiar quienes llegaron a la planta.

Parecieron asombrados de que todo estuviese en orden.

Y volvieron a marcharse.

Ya era hora. Con el averiado estuche de mi aspirador, caminé hacia la puerta del apartamento de Connie.

Llamé en él y no me respondieron.

Insistí. Y tampoco obtuve respuesta.

Entonces me di cuenta de que por la rendija de la puerta, tropezando con el felpudo, habían introducido una hoja de papel tamaño octavilla.

Fue un presentimiento. La tomé. Y la leí.

Estaba firmada por Connie. Y decía:

«Gracias por todo. Sentimos tener que ausentarnos, pero es mejor para ti. Procura olvidar lo que has visto... Y lo que has hecho».

Ni una palabra más.

¿Habré de explicar que me quedé como si me hubiesen convertido en una estatua de piedra?

Yo había dejado en el suelo el averiado estuche con el aspirador que empleaba para hacer las demostraciones.

Y fue el estuche lo primero que pagó mi enfado. Le asesté un fuerte puntapié que lo lanzó contra una de las paredes.

El segundo que sufrió las consecuencias del enfado fui yo. Me lastimé el pie al dar el golpe al estuche.

Me eché a reír, guardé la nota y tomé el estuche.

Poco después estaba en la calle.

De improviso tomé una decisión. Estaba harto ya de vender

electrodomésticos y cobrar aproximadamente una cuarta parte de lo que me hubiese correspondido.

Vi llegar un «bus» que me podía dejar cerca del establecimiento para el cual trabajaba.

Lo tomé sin pensarlo más.

Y antes de que hubiesen transcurrido veinte minutos estaba en la oficina, con mi estuche averiado, mirando las preciosas piernas de Anne Lewis.

Anne Lewis era la estupenda secretaria de Mark Hayden.

Y Mark Hayden era el panzudo sapo dueño del negocio. Y al cual he mencionado ya.

Anne era rubia. De las auténticas. Y tenía todo lo que un hombre puede apetecer de una mujer. Todo, muy bien situado y equitativamente distribuido.

En fin, que resultaba sensacional.

Llevaba la falda muy corta y se hallaba subida en una pequeña escalera, alcanzando un legajo de papeles.

¡Papeles! ¡Y que una chica como aquélla tuviese que estar allí entre números y papeles, perdiendo entre ellos lo mejor de su vida!

Ella sabía que era yo quien había entrado. Pero en lugar de volverse a saludarme, se estiró un poco más. Y la panorámica de que yo disfrutaba en aquel momento, se amplió, haciéndose más interesante.

Silbé.

—Te vas a quedar sin aire —dijo con aparente tranquilidad.

—Me voy a quedar sin respiración...

—¿Qué diablos miras, se puede saber? —preguntó con fingida ingenuidad.

—Nada. No vale la pena...

—¡Vaya! No vale la pena. Estás habituado a cosas mejores...

—¿A qué te refieres?

—¡Sabes bien a qué me refiero! Te pierdes por ahí con los electrodomésticos.

—Hago algunas demostraciones. Hay que vender; y ya se sabe...

—Por eso no se cobra. Vendes a quien vendes...

Comenzaba a enfadarse hasta el punto de que perdió el equilibrio. Y habría caído de no apresurarme yo a sujetarla.

Anne se dejó caer al darse cuenta de que yo me había

preocupado que no se lastimase.

—¡Diablos! —exclamé.

—¿Qué te sucede ahora?

—¿Está todo en el mismo sitio? —pregunté.

—¿A qué te refieres? Y haz el favor de no escarbar...

—Trataba de comprobar que todo está bien. ¿Sabes que eres una auténtica maravilla?

—¡Eso me lo dijiste ya...!

Yo había comprobado que todas sus curvas estaban en el lugar preciso y mantenían su elasticidad.

Se apartó de mí fingiendo enojo y me dio en las manos.

—Estate quieto de una vez.

—Debías poner el cartel ese de: «Curvas peligrosas».

—¿Por qué no te casas conmigo? —me preguntó de improviso.

No era la primera vez que me hacía tal pregunta.

—Te quiero demasiado y no quiero que llegues a odiarme... —respondí con sinceridad, aunque el tono era humorístico, casi cómico.

—Tienes mucha cara... Por cierto. ¿Cuántos pedidos traes?

—Ni uno solo.

—El jefe ha estado intentando localizarte. Ha preguntado por ti varias veces. Dice que te pierdes por ahí y que no va a tener más remedio que suplirte.

Comprendí que Anne había cambiado de conversación porque el jefe nos escuchaba. Dicho en otras palabras: nos estaba espiando.

Sonreí para que ella comprendiese que había captado la onda.

Y repliqué:

—Me tiene sin cuidado. Estoy hasta más arriba del cogote de ese sapo panzudo...

Anne respingó: No esperaba aquella audacia mía que, por otra parte, le hacía gracia hasta el punto de que estuvo a punto de romper a reír de la manera escandalosa que lo hacía.

Vestía Anne una ceñida y escotada blusa de fino tejido que podía estallar al mínimo esfuerzo que hiciese la rubia.

Yo lo deseaba, pero quedé defraudado. No se rió y no hubo estallido.

Sin embargo, se produjo una especie de amenazador bufido que salió por un altavoz situado tras la mesa de Anne.

Aquello era un simple preludio.

Tras el bufido se escuchó un silbido, luego el ruido de un avisador de tono bronco y al fin se oyó la voz de Mark Hayden.

Sí, del patrón. Y que debía estar furioso, porque gritó:

—¡Lloyd Duncan! ¡Preséntese aquí inmediatamente!

Guiñé un ojo a la rubia. Y respondí con parsimonia:

—No me da la gana.

—¡Preséntese o le despido!

—Precisamente he venido a liquidar y a largarme. Quiero perderlo de mi vista cuanto antes. Estoy harto de sus habilidades y de no cobrar ni la cuarta parte de lo que me gano...

—¡Usted no gana nada!

—Motivo de más... No quiero perjudicarlo... Y aquí tiene el aspirador que me he llevado para hacer demostraciones.

Saqué en seguida mi libreta de notas y me dirigí a Anne, a la cual dije:

—Págame los sesenta y seis dólares con setenta centavos que se me adeudan. Tenemos suficiente para irnos a cenar por ahí. Bailaremos y luego, ¿quién sabe? A lo mejor nos casamos...

Yo sabía que aquello sacaría de quicio a Hayden. Se oyó un nuevo bufido por el altavoz.

CAPÍTULO III

Sin embargo, no hubo nuevo grito del panzudo sapo de Hayden.

Y yo miré a Anne con victoriosa expresión.

—Prepara la pasta, muchacha, nos vamos. Va a dar la hora de salida y no debes estar aquí ni un minuto más.

—De acuerdo. Pero no es necesario que cobres. Te haré un adelanto de mi bolsillo. Y ya liquidarás mañana. Es más rápido y seguro.

Lo dijo a media voz para que no llegase a oídos de Hayden.

Iba a responder aceptando la idea. Era buena.

Pero entonces se produjo la sorpresa. La puerta de comunicación se abrió suavemente y en ella apareció Mark Hayden. Sí, el jefe.

Era casi tan alto como yo. El color de su piel era cetrino, tenía las piernas dando en cortas y ligeramente arqueadas. Y era panzudo, con bastante más cintura que tórax.

Con todo, tal vez lo peor fuese su cara mofletuda, lampiña, adornada por unos ojos saltones, boca grande y carnosa, mientras la nariz era pequeña, semejando a un tacón.

Un verdadero asco, de verdad. Y sí, tenía la apariencia de un sapo.

Estuve a punto de dirigirle un ex abrupto. Pero él forzó una mueca que quiso pareciese una sonrisa.

Y me decidí a tener paciencia.

—Creo que es una buena idea, Anne. Liquidar al bueno de Lloyd y que descansen unos días de vender aparatos. Es aburrido, ¿verdad?

—Es un asco, particularmente cuando al fin de cada jornada se ha de tratar con usted —repliqué.

—Creo que le comprendo —respondió Hayden.

Anne y yo nos miramos. No podíamos comprender aquella

medida, aquella comprensión, cuando Hayden era una verdadera bestia.

Me oí una trampa.

Anne, para disimular su sorpresa, tomó la ficha que me correspondía.

Y comenzó a repasar mi liquidación.

—¿Por dónde ha trabajado hoy, Duncan? —preguntó el jefe.

—Por Greenwich Village —respondí sin concretar.

—Vive usted por allí, ¿verdad?

—Sí. Si lo que hago es vivir —repliqué.

—Mientras se respira todo es vida. No es una buena zona. Se habrá cansado para nada.

—Justo. Pero fue la demarcación que me señaló para hoy...

—Sí, claro. Cuando reanude su trabajo le daré lugares mejores. Lo estudiaré.

—No pienso volver a vender cacharros de éstos.

Y menos, en las condiciones que usted impone.

—Revisaremos eso y quedará contento, Duncan. En realidad lo he tenido a prueba. Y usted ha superado esa época con buena nota.

De verdad que me dieron ganas de mentarle a alguien muy próximo, de su familia. No lo hice porque Anne estaba presente y no quería asustarla.

Porque la «prueba» había durado cerca de dos años.

Y yo había perdido la cuenta de los pares de zapatos que había roto, de los tacones, que había torcido.

—Ahora comenzaré a considerarlo ya como de casa. Por eso estará unos días sin tener que patear las calles...

—¡Qué bonito! —dije en tono burlón.

—Le daré un trabajo que le gustará, lo sé. Y le pagaré espléndidamente.

Yo miré el reloj. Era la hora de salida.

Anne, por su parte, me había preparado el dinero y se disponía a tomar su bolso para marcharse.

Yo firmé en silencio el recibo que había dejado la rubia junto a la «pasta», y guardé ésta en mi bolsillo. Sin contarla. Con Anne no había problema en ese sentido.

Entonces dije a Hayden:

—Bien, jefe. Ya hablaremos de eso mañana. Me voy con Anne.

Resulta bastante más agradable que usted. Lo comprende, ¿verdad?

—¡Claro que lo comprendo! Y también que ella prefiera irse con usted que quedarse aquí trabajando a mi lado. Sé que no les gusto a las chicas como Anne.

Yo estaba asombrado, de verdad. Al sapo panzudo e inmundo que era Mark Hayden, le habían dado la vuelta.

El hombre prosiguió diciendo:

—¿Qué tal si charlamos mientras cenamos? Les invito yo. Y luego ustedes quedarán en libertad de irse a bailar y a hacer lo que quieran por ahí.

Miré a Anne. Yo estaba sorprendido. Y noté que ella desconfiaba.

Sonrió Hayden, que dijo:

—No hay trampa, juego legal. Ustedes no van a perder nada y pueden ganar bastante. No sólo tengo este negocio... Siempre falta gente capaz, bien pagada... ¿Por qué no entrar ustedes en ese círculo de los elegidos?

Me rasqué el cogote. Y decidí que no se perdía nada con probar. Si yo estaba decidido a dejar el empleo, no perdía nada.

En cuanto a Anne, Hayden la apreciaba mucho como secretaria eficiente. Y le gustaba más aún como mujer. Aunque el hombre no se hacía ilusiones.

La rubia deseaba conservar su empleo. Para ella era cómodo y el sueldo no era malo.

Y aprobó la idea del jefe con un simple movimiento de cabeza.

Yo gruñí:

—Está bien. Iremos a cenar juntos, aunque no me gusta la idea, se lo aseguro.

—Ya le he dicho que lo comprendo... Y tal vez cambie de opinión en lo que a mí se refiere.

Señalé en mi rostro un gesto de duda. Debía resultar cómico a juzgar por la sonrisa de Anne.

—Anne no está a disgusto. Está satisfecha de su empleo a pesar de que le repugno personalmente. ¿No le dice nada eso? —preguntó Hayden.

Resultaba conmovedor en ocasiones. Y aquélla era una de ellas.

No aguardó Hayden mi respuesta. Y prosiguió:

—Tengo algunos negocios. Usted puede tener un empleo tan

bueno o mejor que el de Anne, pero más independiente. Incluso puede estar días y días sin verme...

—Eso es algo —dije yo cruelmente.

—¿No tiene para mí algo de eso, patrón? —preguntó la sensacional rubia.

—A usted la necesito a mi lado. Es eficiente. Por otra parte, me gusta verla.

—Pues súbame el sueldo. Únicamente paga mi trabajo...

—Si le sube el sueldo, puede que le haga alguna exhibición de baile —intervine yo.

Anne rió.

—Nos estamos desviando del objetivo... Me preparo en seguida y nos iremos juntos. Hay coche de sobra para los tres.

Media hora más tarde nos encontrábamos sentados en torno a una mesa en un lujoso y caro restaurante.

Hayden había pedido los aperitivos para entretenernos mientras nos preparaban la cena.

Yo recordé a Connie, la botella de champaña. A aquellas horas, de no haber sucedido nada, la estaríamos descorchando.

¿Qué sería de ella? ¿Y de la sensacional pelirroja que habían intentado secuestrar?

—Parece preocupado —dijo Hayden.

Anne, por debajo de la mesa, acarició mis tobillos con los suyos.

A la rubia le cayó su pequeño bolso al suelo. Me agachó galantemente para recogerlo y aproveché el momento para acariciarla por encima de la rodilla.

Suspiró Anne levemente a la vez que respingaba y ponía los ojos en blanco.

Hayden se dio cuenta de lo que sucedía y torció el gesto. Luego dijo:

—Aún terminarán por hacerse arrumacos encima de mi panza.

—Hay sitios más cómodos —dije yo.

—El apartamento de Lloyd es uno de ellos. Es una maravilla —dijo Anne con descaro.

—¡Vaya! Parece que lo conoces bien —dijo Hayden con evidente disgusto.

—¿Usted qué cree, jefe? —preguntó la rubia con expresión de ingenuidad.

Siguió un silencio tenso mientras un camarero nos servía.

Hayden dio la sensación de que se espantaba una mosca.

Y dijo finalmente, cuando el camarero se retiró:

—Vamos a lo que importa. Así tendrán más tiempo libre para sus efusiones amorosas.

Lo dijo en tono despectivo y rencoroso a la vez. Le habría gustado sustituirme junto a Anne, ¿está claro?

Y yo lo comprendía de verdad porque Anne era una chica capaz de hacer levantar a un muerto.

Anne comenzó a picar unos exquisitos mariscos. Yo preferí beber para refrescar el gástrico y excitar mi imaginación.

Mark Hayden carraspeó, me miró y dijo a continuación:

—Usted fue investigador privado.

—Sí. Pero eso pasó ya. No quiero más líos.

—Pero tiene licencia aún.

—No —le mentí.

—Es igual, no es necesaria; pero si lo fuese, yo haría que le diesen una inmediatamente.

—Olvidaba que es usted influyente. ¿Y por qué no acude a la policía? Creo recordar que tiene amigos entre ellos.

—Porque no me da la gana. Le necesito a usted.

Me encogí de hombros. La rubia, como si obedeciese a una consigna, se había desentendido de nuestra conversación.

—Está bien, hable —dijo, queriendo mostrarme condescendiente.

Hayden carraspeó antes de comenzar a decir en voz baja.

—Han secuestrado a una persona de mi familia. Y quiero que la encuentre.

Asentí con un movimiento de cabeza. Y pregunté:

—¿Ha intervenido la policía?

—Todavía no. Y deseamos evitar que lo haga.

—Así pues, ustedes no han denunciado el hecho.

—No. La policía arma demasiado ruido... Y suele costar la vida de la persona secuestrada.

—¿Quién es la persona a encontrar? —inquirí.

Hayden, en lugar de responder a mi pregunta, dijo:

—Hay diez mil dólares de recompensa si la encuentra. Aparte de pagar su sueldo y los gastos.

Intentaba tentar mi codicia el muy cerdo. Algo normal entre la clase de gente a la que Hayden pertenecía.

—¿A quién debo encontrar? —insistí.

Noté que vacilaba. Palabra que no me gustaba aquello.

Hayden no respondió. Y yo dije a Anne:

—¡Vamos a abrazarnos un poco mientras el jefe reflexiona! La música no está nada mal...

La rubia pareció dispuesta; pero Hayden se apresuró a decir:

—¡No se impacienten, diablos!

—Pues hable.

—Se trata de Claire Craig, cuyo nombre de soltera era Baker.

No pude evitar un silbido de sorpresa y admiración.

—¿La conoce? —preguntó Hayden.

Reaccioné pronto. Estaba muy bien de reflejos; y respondí:

—No. Pero he oído hablar de ella y de su boda. Fue hace escasamente cinco o seis días.

—Justamente.

—Hasta creo que vi una fotografía de los novios en uno de los periódicos...

—Salió en todos los periódicos de cierta importancia —se apresuró a decir Hayden.

No quise molestarlo recordándole que sólo había salido en la prensa controlada por determinado grupo financiero conexas con la política.

Y me callé lo más importante, algo en lo que no había pensado porque las fotografías que de la boda de Claire Baker había visto, eran muy malas.

Y tampoco dije que había comenzado a interesarme de verdad el asunto, en el cual estaba dispuesto a trabajar, no solamente gratis, sino poniendo dinero encima.

En el caso de que hubiese tenido dinero para poner, claro.

Lo más importante que me había callado era que precisamente había salvado a Claire Baker, o Claire Craig, como se llamaba desde casada, de que hubiese sido secuestrada.

Entonces me vino una idea. ¿La habrían secuestrado después? ¿Estaba jugando limpio Mark Hayden? No podía creerlo.

Y pregunté:

—¿Cuándo la han secuestrado?

—Ha desaparecido hace cuatro días, cuando apenas hacía unas horas que se habían casado.

—¿Cuánto piden por su devolución? En el caso de que hayan pedido ya algo.

—Han dado ya una cifra: Doscientos mil dólares.

—Debe reconocer que no abusan, tratándose de Claire Baker. Y de la esposa de Don Craig —dije yo.

Anne estaba asombrada de oírme hablar. No estaba habituada a aquello.

—No abusan. Lo reconozco.

—¿Cuándo y dónde lo deben entregar?

—No han concretado nada. Dicen que volverán a llamar.

—¿Por teléfono?

—Sí. No me hable de controlar teléfonos, de hacer aguardar cuando hablen... —comenzó a decir.

—No hablaré de eso. Son cosas propias de los telefilmes malos, pero no de la realidad —respondí.

CAPÍTULO IV

Recibí la impresión de que a Hayden le satisfacía mi respuesta.

—¿Qué gestiones han realizado hasta el momento para localizar su paradero?

—Ninguna. Llamaron inmediatamente de su desaparición para decir que deberíamos aguardar instrucciones. Y las instrucciones han llegado esta tarde, una hora antes de vernos. Por eso he estado intentando localizarlo.

Como habrán podido observar, el fulano mentía con el mayor de los cinismos.

—Me debieron avisar antes, cuando la cosa estaba caliente aún. Ahora será todo más difícil...

—Lo comprendo así; pero como de todas maneras no han dejado rastro, no tenemos ni idea de cómo se produjo la cosa.

—¿Y cuándo fue? —inquirí—. Procure concretar.

—Eso es lo malo, que no se puede concretar. Se casaron, comieron, ella se separó de él para ir a cambiarse de ropa... Y ya no se supo más de ella.

—¿Habían reñido?

—No que yo sepa.

Seguidamente dijo:

—Claire Baker ha sido siempre un poco rara... Usted ya lo sabe.

—No sé nada de ella...

—Como se gastó bastante tinta hablando de ella en vísperas de su boda. Su padre es un hombre de ciencia, su madre es una histérica cargada de millones... Y ella es una niña rica y mal educada.

—No está nada mal.

—Siempre ha tenido demasiada libertad. Sus padres no se han

preocupado de ella.

—Eso es más corriente de lo que debiera ser —dije.

—Sí...

—¿Qué dicen los padres?

—No saben nada. Por otra parte, riñeron con ella cuando les anunció que se casaría con Don Craig.

Me abstuve de dar mi opinión. Y asentí con un simple movimiento de cabeza.

—¿Por qué se encarga usted de esta cuestión, jefe? —pregunté de improviso.

—Por varias razones —respondió.

No pareció sorprendido con mi pregunta. Y prosiguió diciendo:

—Aunque lejano, soy pariente de los padres de ella que, a su vez, son primos.

—Es decir: Claire Baker, aunque lejana, es sobrina suya.

—Exactamente... En cuanto a Don Craig, nos conocemos... Y me ha encargado del asunto. El quiere aparecer lo menos posible.

—Teme que pueda haber escándalo.

—Justamente. Y si lo hubiese, no quiere verse envuelto en él.

—Pero un asunto como éste le puede granjear las simpatías del gran público de cara a las próximas elecciones. Si asume el papel de víctima...

—El no ha pensado en tal posibilidad. Y si le hablase yo de ello, la rechazaría de plano. Es un hombre que tiene un alto concepto de la dignidad —dijo Hayden pomposamente.

Me dieron ganas de escupirle en un ojo, palabra.

Fui capaz de aguantarme y de disimular, echándome al coleteo otro trago y atacando a continuación los mariscos de que Anne estaba dando buena cuenta.

Mark Hayden prosiguió hablando. Dijo, señalando para Anne.

—Ella ha recopilado bastantes recortes de periódico que hablan de Claire Baker. No solamente los que se refieren a su boda, sino a su vida de soltera, a sus extravagancias anteriores...

—¿Es lo único que tenemos?

—Sí; eso y lo que le pudiesen decir sus padres y los servidores de los mismos. Pero preferiríamos que no recurriese a ellos. Aparte de que no creo que logre nada de valor.

—Es posible. Pero un día u otro habrán de car cuenta a sus

padres de la desaparición de la chica.

—Sí; claro. Pero preferiríamos que fuese ella la que les llevase las noticias. Tal vez la perdonarían, se arreglaría todo. Yo me alegraría de verdad.

Lo dijo en tono que resultaba enternecedor.

Y me dieron ganas de asestarle un puntapié en una de las espinillas. Aquel fulano estaba resultando de una hipocresía subida de tono, sí, señor.

—Bien, espero poder recobrarla cuanto antes. ¿No es eso lo que pretenden de mí? —pregunté.

—Exactamente. Aunque nos bastaría con que la localizase. Tal vez usted solo no podría arrancarla de manos de sus secuestradores. Y su vida nos es muy preciosa.

—Les tendré al corriente de lo que logre saber. Y decidiré siempre de acuerdo con ustedes —dije.

Yo mentía porque no pensaba nada de aquello; pero debía confiarlos.

Todo lo referente a la desaparición de Claire Baker olía queapestaba. Y por de pronto teníamos ya cinco cadáveres. Aunque yo ignoraba si Mark Hayden estaba informado de ello.

—Bien, vamos a terminar con el aperitivo, a despachar la cena y a ponemos cuanto antes a trabajar.

Hablé en plural refiriéndome a Anne, y proseguí, dirigiéndome a ella.

—Porque en principio serás mi apoyo, me habrás de ayudar. No te preocupes, te pagaré bien.

—Pero yo la necesito... —comenzó a decir Hayden.

—Lo supongo. Y cuidaré de privarle lo menos posible de ella. Acudirá a su oficina en los ratos que pueda. Y yo me encargaré de pagarle las horas que la ocupe.

—El dinero es lo de menos —gruñó Hayden, dando muestras de clara insatisfacción.

—Para usted que está podrido de dólares, seguro. Pero no para la rubia. Usted no le paga mal, pero no se puede decir tampoco que sea espléndido con ella.

—Porque ella no quiere. Podría tener una ocupación mejor a mi lado —se atrevió a decir Hayden, dándole un doble sentido a la frase.

—Gracias. Pero prefiero ir como voy antes de tener que soportarle más de lo que le soporto ya —se apresuró a decir la rubia.

Había dejado de picotear en los exquisitos mariscos y bebió el espumoso y frío champaña que había pedido.

Todo ello sin perder su gracia natural, que tenía mucho de felina.

Comenzamos a cenar a poco.

Y más tarde pasamos a una sala de fiestas a pesar de que yo tenía auténtico interés en iniciar mi trabajo.

Mientras bailábamos se lo hice comprender así a la rubia.

Me estrechó entre sus brazos al compás de la música y me mordisqueó en una oreja, para lo cual se tuvo que alzar sobre las puntas de sus pies.

—Estoy a gusto bailando contigo —dijo.

—Seguiremos bailando en tu apartamento. O en el mío. En el que prefieras —respondí yo, correspondiendo a sus caricias.

—Querrás trabajar...

—No demasiado. Y en colaboración contigo, rubia. Me gustas más que nunca y te necesito...

—Repítame eso...

—Te lo repetiré fuera de aquí...

—¿Te casarías conmigo?

—Te quiero demasiado para jugarte una trastada como ésa, Anne...

—Siempre te sales...

—Silencio. No estropees este delicioso momento. Te siento tan dentro de mí que nos vamos a largar ahora mismo. La presencia de Hayden me fastidia y me quita inspiración.

—Te comprendo, porque yo lo tengo que aguantar todo el día.

Cerca de la barra del bar descubrí a una morucha que se aburría. Eramos buenos amigos y le pedí que se acercase a Hayden.

Cuando se lo designé, la chica hizo un gesto de disgusto primero y de resignación después.

—Los he visto peores. Y los he tenido que aguantar.

—Te lo presentaré. Y procura que lo pase bien. No lo perderás...

—Tiene cara de tacaño.

—Lo es; pero trabajo para él y lo que no cobres directamente te

lo haré llegar yo con mi cuenta.

—Okey.

Poco después dejábamos a la morucha con Hayden. Ella conocía el oficio y logró pronto que el hosco rostro del jefe perdiera su seriedad.

Anne y yo aprovechamos la ocasión para despedirnos.

—Tenemos mucho trabajo, jefe...

—Pues que aproveche. Con Anne se debe trabajar a gusto —fue capaz de bromear.

—Intentaré saberlo. Pero la amiguita que le dejo no está manca. Y tiene de todo lo que se puede apetecer.

Guiñé un ojo y me deslicé detrás de la rubia que había iniciado ya la retirada.

Tomamos un taxi, al cual di la dirección de mi apartamento. Anne aprobó con la cabeza, diciendo:

—Allí estaremos más tranquilos. Mi compañera estará esta noche en casa. Precisamente es su noche libre y no suele salir.

—Mañana compraré un cacharro de segunda o tercera mano. Se lo cargaré a Hayden.

—Déjalo. Prefiero que uses el mío. Es veloz y seguro. Toma bien las curvas y eso es importante.

—Y tan importante —dije yo, besando la boquita de mi rubia, la cual me mordisqueó en una oreja a la vez que decía en tono bajo:

—¿Es que no puedes aguardar a que lleguemos a tu apartamento?

—Tienes razón, cariño.

Seguidamente pregunté:

—¿Es cierto que Claire Baker es pariente del jefe?

—No lo creo.

—Así pues, él me ha hecho el encargo por exclusiva cuenta de Don Craig.

Anne no vaciló en responder:

—Pertenecen al mismo grupo financiero. En otros tiempos hicieron negocios que no tienen nada de limpios, propios de *gangsters*.

—Creo que te entiendo.

—Lo he sabido por casualidad. Y desde que lo he sabido, que ese sapo inmundito me repugna más.

—No te preocupes. Te buscaré un empleo mejor que ése.

—Si tienes éxito en esta ocasión, él pretende mantenerte a su lado. Ganarás bastante económicamente.

—Yo he fingido qué la idea me parecía buena. Pero la verdad es que no me interesa. Hayden me da tanto asco como a ti.

—¿Y cómo vas a buscarme un empleo si tú mismo quedarás en la calle?

Era cierto.

—No te preocupes. Volveré a trabajar en la investigación privada y tú puedes ser mi secretaria.

—¿Crees que cobraré?

—Cada semana o cada mes, como prefieras. Y más que allí. Yo no soy tacaño...

—De acuerdo, cuenta conmigo aunque no te quieres casar.

—Eso es lo mejor de todo. El matrimonio significa la costumbre, y la costumbre mata el amor.

—También tienes razón.

Iba a volver a mordisquearme en la oreja, pero le hice comprender por señas que el chófer nos vigilaba por el retrovisor.

Le pregunté:

—¿Qué hay de interés en esos recortes de periódico?

—¿Te refieres al interés para tu investigación?

—Sí.

—No tengo ni idea.

—Hayden no quiere que me dirija a los padres ni a los servidores de Claire Baker.

—Pero tú no le vas a hacer caso.

—Según... ¿Menciona en algún recorte de ésos alguna amiga? O amigo, alguna aventura de ella...

—En ese aspecto parece que la vida de ella es intachable, me refiero a lo último. Y no comprendo cómo se ha casado con un hombre como Don Craig, un antiguo *gángster*.

—¿Qué sabes de los negocios anteriores de él?

—Drogas y trata de blancas —respondió la rubia categóricamente.

—¿Y de los de ahora?

—Tienen una importante constructora. Se dedican también a la venta de armas en el extranjero, naturalmente. Constituyen un

grupo financiero importante.

—Y para esos negocios se apoyan en la política —dije yo.

—Parece que es fundamental...

—Así pues, Don Craig es importante para ellos. Si falla en la política, todo el andamiaje que han construido se les puede venir abajo.

—Exactamente...

—Y un escándalo...

—Podría dar al traste con todo —dijo la rubia.

—Pero no comprendo qué clase de escándalo se puede producir por el mero hecho de que ella haya sido secuestrada. ¿Tal vez les estarán haciendo chantaje?

—Es posible que hayas dado en el mismo centro de la diana.

—No estoy tan seguro de eso, rubia. Y ya te diré por qué...

Habíamos llegado a la entrada del edificio en donde yo tenía mi apartamento. Buena apariencia, pero modesto, muy modesto. Eso sí, tal como se habían puesto las cosas, era una verdadera ganga.

Bajamos, pagué el taxi y enlacé a mi rubia de la cintura.

—Tendrás que bailarme la danza de los siete velos —le dije apenas en el ascensor.

CAPÍTULO V

La maravillosa rubia no pudo bailar la danza de los siete velos porque, tan pronto en mi apartamento, pudo demostrar que apenas si llevaba tres o cuatro lindos trapitos cubriendo su sensacional anatomía.

Pero ¿para qué les voy a contar? No quiero que se les hagan los dientes largos.

¿Quién trabajaba luego?

Nosotros, no. Preferimos dormir; y así estaríamos en forma a la mañana siguiente.

Una vez en pie, Anne quiso hacerme una demostración de buena ama de casa y, sin apenas elementos, preparó un delicioso desayuno.

Repasamos a continuación los recortes de periódico a que Hayden había aludido.

Poca cosa o nada que pudiese ayudarnos. La vida de Claire Baker había sido una vida «blanca», sin juergas ni escándalos.

Nombraba uno de los recortes el nombre del modisto, famoso por cierto, en donde había sido confeccionado el traje de Claire. Precisamente era el modisto en cuya casa trabajaba Connie Finn, quien, entre otras cosas, pasaba modelos para él.

Había un grabado en el que una modelo pasaba el traje ante Claire Baker. ¡Y esa modelo era precisamente Connie Finn!

Pregunté a la rubia:

—¿Sabes si esta chica fue a la boda de Claire Baker?

—No tengo ni idea. Pero no es corriente que una simple modelo vaya a la boda de una tan importante cliente.

—Aunque no sea más que para vigilar que el vestido se mantenga bien —argüí yo.

—Cabe en lo posible. ¿Y qué?

—Tal vez trabaron amistad.

—Y aunque trabasen amistad, ¿qué pasa? No creo que esa chica se haya puesto de acuerdo con los secuestradores.

En lugar de responder, sonreí y dije:

—Nuestro jefe es un sinvergüenza...

—De harto sabido no vale la pena mencionarlo —respondió acremente.

Parecía fastidiada y sorprendida. Estaba claro que no le gustaba el trabajo.

Me abrazó y me dijo:

—¿Por qué no tomamos un avión y nos vamos a Florida? Allí se debe estar bien. Yo tengo unos ahorros...

Me hice el sordo. Y dije a mi vez, como si estuviésemos jugando a los despropósitos:

—¿Y si no hubiera habido secuestro?

—¿Qué quieres decir con eso?

—Don Craig ha sido y continúa siendo un *gángster*, aunque en la actualidad se parapeta en una vida aparentemente respetable y en un equipo político no menos respetable.

—Sí, no has descubierto la cuadratura del círculo.

—No lo intento... Tal vez Claire Baker se casó con él porque se sentía sola. Y apenas casada, o tal vez cuando se casaba, se dio cuenta de la clase de individuo que es el tal Don Craig.

—Dicen que es muy atractivo —fue la respuesta de Anne.

—Motivo de más para que ella se haya equivocado. El atractivo físico puede haber nublado la sucia personalidad del individuo a los ojos de Claire. Hasta que se ha dado cuenta de su error.

—Anoche, mientras estábamos juntos, me has llamado Claire en una ocasión:

—¿Y en otra ocasión no te llamé Connie? —pregunté, fingiendo estar de broma.

—¡Pues sí!

—Me gustas tanto que tal vez deliraba —fue mi respuesta.

Antes de que pudiese oponer nada, proseguí:

—Piensa que ella se ha ido del lado de Craig por su voluntad. Y que él lo que pretende es encontrarla antes de que se dé el escándalo. Encontrarla y obligarla a mantenerse a su lado.

—¿Qué te hace pensar tal cosa?

—De haber secuestro, ¿no crees que lo hubiesen acusado el primer día, en las primeras horas?

—La verdad es que me había extrañado tanta dilación.

—¿Y no te ha extrañado la falta de concreción?

—Pues sí.

—En tal caso hemos de damos prisa. Pienso que Claire Baker está en peligro; pero no por los supuestos secuestradores, sino por su propio marido.

—No sé en qué te fundas.

—Un presentimiento. Vas a ir a la casa de modas en donde le hicieron el traje a Claire Baker. Debes ponerte en contacto con esta chica que sirvió de modelo.

—¿Y cómo la voy a localizar? ¿Pretendes que pida un pase de modelos para mí?

—Di que vas de parte de Claire Baker y que desees hablar con la chica que le exhibió el traje de boda. Estoy seguro de que te pondrán en contacto con ella.

—¿Y si no lo hacen?

—Vas a tu oficina y me aguardas allí.

—¡Ni hablar!

—Está bien. Ve a tu apartamento. Acudiré a él tan pronto pueda.

—Procura no tardar, no sea que tenga yo que salir en tu busca.

—Estás demasiado apetitosa como para que te pierda de vista durante mucho tiempo —le respondí.

—¿Y qué piensas hacer tú?

—Iniciar las gestiones por parte de la familia de ella.

—Pero el jefe...

—Ni caso, rubia. Lo voy a hacer a mi manera.

Bajamos juntos. Y antes de salir a la calle estuve atisbando, tratando de descubrir a alguien que Hayden podría haber puesto sobre nuestros pasos.

No había nadie que destacase en tal sentido. Y me despedí de Anne de forma efusiva, haciendo volver la vista a más de un transeúnte que, seguramente, envidió mi suerte.

Anne tomó un taxi para ir en busca de su coche, situado en un aparcamiento próximo al lugar en donde trabajaba.

Habíamos decidido que lo usase ella mientras yo me valdría de

vehículos del servicio público.

Y tomé otro taxi.

A fin de cuentas pagaba Mark Hayden, el cual me había hecho un adelanto antes de separarnos la noche anterior.

Por uno de los recortes leídos con mi rubia yo sabía quién era el abogado de los Baker.

Y di su dirección al taxista.

El abogado Beacon, que estaba a punto de salir de su casa, me recibió inmediatamente.

—Tengo prisa. No debiera haberle recibido, pero si el asunto es tan importante como usted dice...

—Usted mismo juzgará. La señora de Don Craig, o si lo prefiere, Claire Baker, ha desaparecido. Tal vez ha sido secuestrada. Acaso su vida corre peligro.

Beacon dio la sensación de que la noticia le sorprendía auténticamente.

—¿Es que pretenden...? —preguntó.

—Eso es lo malo, que no lo sabemos.

Yo, previamente, había mostrado al abogado Beacon mi licencia de investigador privado.

El preguntó:

—¿Y por cuenta de quién investiga usted? ¿De Don Craig?

—He oído hablar de él, pero ni siquiera le conozco. Es más bien cosa de una amiga de Claire. Se trata de Connie Finn...

—No la conozco. ¿Y usted, conoce a Claire?

—Nos presentó Connie. Y apenas si he cambiado unas palabras con ella. Fue hace poco —informé sin querer concretar.

El abogado, que parecía preocupado, me dijo:

—Pues no sé nada. Claire se enfadó conmigo porque yo apoyé las razones de sus padres. Y sería al último que acudiría. Aparte de que jamás le he sido simpático.

—¿En quién puede haber confiado ella, aparte de la señorita Finn?

—No tengo ni idea. Hacía una vida muy el margen de la de sus padres y la mía. Parece que no cabía en nuestro círculo. Esa chica es una revolucionaria. Ha estado encarcelada por manifestarse...

—¿Y cuando ha estado encarcelada la ha sacado usted?

—No. Me lo han prohibido sus padres. Por otra parte, mi forma

de ver la vida...

Le interrumpí. Yo tenía más prisa que él. Y le pregunté:

—¿Tiene idea de quién ha intervenido para sacarla del aprieto cuando la han detenido?

—Tengo idea —respondió de mala gana.

—¿Puedo saberlo...? —inquirí.

—¿Y por qué no? No deseo nada malo a esa chica aunque es una rebelde. Es de las que protestan por todo. ¡Esta juventud...!

—¿Quién la sacó?

—Jack Murray.

Me dio la dirección de un joven abogado que bullía bastante en política. Más que como abogado.

Confieso que aquello no me gustó.

Dije a Beacon:

—Considero conveniente que no se extienda la noticia y que no diga nada a los padres de Claire. Cuando tenga algo concreto será usted de los primeros en saberlo.

—Se lo agradeceré... Por mi parte también considero mejor no decir nada a los padres de la chica.

Movió la cabeza reflejando pesimismo. Y dijo a media voz:

—Esta juventud descontenta con todo...

—Tengo entendido que los padres no se han preocupado de darle demasiado calor. El con su ciencia. Ella con sus obras piadosas y su histerismo —manifesté con rudeza.

—No me diga que usted... —comenzó a decir con expresión de asombro.

—No soy de ningún movimiento de protesta, si es eso lo que le puede asustar. Procuro ver las cosas con objetividad... Y esa chica se ha tenido que sentir muy sola en más de una ocasión.

—Tal vez tenga usted razón. No pierda el tiempo... Y tengo mucho gusto de haberlo conocido.

Me pareció sincero cuando me alargó su diestra, la cual estreché con respeto.

Frank Beacon podía estar equivocado en bastantes cosas. Pero no parecía malo.

Poco después tomaba otro taxi, al cual di la dirección del abogado Jack Murray.

En camino ya, anoté en una pequeña libreta la primera partida

de la cuenta de gastos que Mark Hayden debía abonar. Cada cosa lo que sea, no le puse ni un centavo de más.

Cuando el taxi en que yo iba había enfilado la recta última, me pareció ver a Claire Baker descendiendo de otro taxi que se había detenido precisamente ante la entrada al edificio en donde el abogado Jack Murray tenía su bufete.

Era inútil que animase a correr más al taxista que me conducía. Por otra parte, un semáforo en rojo nos detuvo casi en seco.

Y desde donde me hallaba detenido forzosamente pude ver que el taxi en que había ido Claire, se alejaba tras haberla dejado a ella.

¡Parecía que la suerte se ponía de mi parte!

Una suerte a la que yo había ayudado con mi trabajo, claro.

Llegamos por fin frente al lugar en donde Claire Baker se había apeado del taxi.

Pagué a mi vez y me apeé rápidamente. Y antes de que el taxi hubiese desaparecido, ya me encontraba yo buscando la ubicación del bufete del abogado Jack Murray.

Era en la séptima planta. Tomé uno de los elevadores que, poco después, me dejaba en el lugar deseado.

No había movimiento alguno en la planta a pesar de que en ella existían algunas oficinas de seguros y de abogados, como el tal Murray.

Se abrió una de las puertas y dio la sensación de que vomitaba a un fulano de andar renqueante que, doblándose a un lado y otro a la vez que murmuraba, se dirigió a uno de los elevadores.

Yo caminé en dirección a la puerta del abogado Murray, ubicada en el recodo del último pasillo.

Iba a llamar sin más preámbulo, seguro de encontrar allí a Claire Baker, cuando me di cuenta de que la puerta no estaba totalmente cerrada.

Estaba entornada.

En el interior hablaban dos personas y su conversación no parecía demasiado amistosa.

Se trataba de un hombre y una mujer. Seguro que ella sería Claire Baker. Y el hombre, el abogado Jack Murray.

Empujé ligeramente. No se produjo el más leve chirrido. Los goznes de la puerta estaban bien engrasados.

Las voces llegaron a mí con mayor claridad.

Y lo que pude entender me impulsó a seguir adelante.

Aunque lo primero que hice, una vez dentro, fue cerrar a mi espalda con el mayor sigilo.

No quería que se produjese a mis espaldas una sorpresa como la que yo podía dar tanto a Claire como al abogado.

Ella decía en aquel momento:

—Creo que están claros los motivos de mi visita, ¿no?

—Completamente claros. Robarme. Para eso trataste de hacerme salir de mi oficina, citándome en un lugar lejano al cual no pensabas acudir. Muy ingenioso, pero yo estoy habituado al trato de delincuentes...

Se produjo un chasquido. Seguro que Claire había abofeteado a Murray.

Siguió la voz de él en tono bajo, irritado:

—No lo vuelvas a repetir, porque lo pasarías mal, muy mal...

CAPÍTULO VI

No tardó en replicar Claire en tono que reflejaba reconcentrada ira, desprecio y nada de miedo.

La sensacional pelirroja dijo:

—Suéltame o te escupiré en un ojo. Y no me importará que le des gusto al dedo. Irías a la cámara de gas sin que te sirviesen todas tus habilidades legales. Afortunadamente no estoy sola.

Aquella última declaración me sorprendió. Si no estaba sola, ¿cómo había ido allí sin compañía alguna? Ni siquiera la compañía de Connie para que le guardase la espalda.

¿Es que contaba conmigo?

Aquello me emocionó, palabra.

Murray debió soltarla. Recibí la sensación de que el hombre, bajo una serie de torturadoras emociones, jadeaba.

Tras un lapso bastante prolongado de silencio, dijo el abogado con voz bronca y torpe expresión:

—Cásate conmigo, Claire... Yo haré anular ese matrimonio que no se ha llegado a consumir... Y entre los dos destrozaremos al fantasmón de Don Craig y a otros fantasmones como él...

—¿Casarme contigo? No me hagas reír. Me causas un asco físico que no me ha causado Don. En lo moral eres tan retorcido como él mismo.

—Está bien, peor para ti. No saldrás de aquí aunque tenga que matarte, sí, aunque tenga que matarte. No quieres ser para mí, no serás para otro.

Tras una breve pausa prosiguió Murray:

—En cuanto a esos documentos que me confiaste y que has venido a quitarme de nuevo, no los tengo aquí... Aunque me matases no los tendrías... Y si me sucede algo otros se aprovecharán

de ellos.

—Estás mintiendo...

—¿Mintiendo yo? Acertaste cuando dijiste que era más retorcido que Don. Y yo trabajo con el grupo de Lou Travers y David Winter. ¿Tienes idea de lo que significa eso?

Claire no replicó.

Por mi parte no tengo idea de si ella en aquel momento sabía quiénes eran Winter y Travers. Y qué podía significar su alianza con Jack Murray. Pero yo sí tenía una idea bastante clara de ello.

Murray prosiguió diciendo:

—Con esos documentos que me diste a guardar, nuestro grupo someterá a Don Craig y sus compinches. ¿Piensas que te puedo entregar una pieza tan valiosa?

—Has abusado de la confianza que deposité en ti... —acusó Claire.

Tengo la impresión de que lo hacía para ganar tiempo y para sonsacar algo a Murray.

—Naturalmente que sí. Como tú abusaste de la confianza que Craig había depositado en ti para apoderarte de algo que iba a adquirir él. Estamos empatados.

—Yo adquirí esos documentos cuando supe que Don me había engañado, para lograr que a cambio de ellos me dejase en libertad, pidiendo el divorcio o anulando nuestro matrimonio...

—Por eso no debes preocuparte —replicó Murray con sorna—. Yo lograré la anulación de tu matrimonio.

—Te mataré, Jack Murray, te lo aviso —amenazó Claire.

—Cuidado, pelirroja. Estás encañonada y no me podrás sorprender. Este cacharro tiene su silenciador y nadie se enteraría de tu muerte. Y no es tan difícil hacer desaparecer un cadáver...

—Ni siquiera el tuyo.

—Justo, ni siquiera el mío. Pero el tuyo menos aún...

Consideré que llegaba el momento de intervenir. Yo me había situado de forma que podía oír, pero no ver.

Necesitaba ver, conocer la posición cada cual para poder actuar sin que Claire corriese el mínimo riesgo.

Oí que la pelirroja se desplazaba. Y siguió la amenaza de él:

—Quieta ahí o disparo. A fin de cuentas he llegado a la conclusión de que no serás para mí...

Al desplazarse Claire lo había hecho también el abogado. Y yo tuve una idea bastante clara de cuál era la situación de cada uno.

Me arriesgué y asomé, no sin antes empuñar mi pistola, aunque dispuesto a no disparar con ella. Porque la mía era de las que hacían ruido. Y no me convenía el alboroto.

Como no le convenía tampoco a la pareja.

Yo tenía al abogado más cerca que a la sensacional chica. Ésta se hallaba de cara a mí mientras que el abogado estaba de espaldas.

Y cuando lo tuve claro salí silencioso y rápido.

Tenía el presentimiento de que la expresión de Claire delataría mi presencia y así fue.

Pero cuando el abogado quiso volverse para tirar yo actuaba ya, golpeándole con mi pistola en el cuello, por debajo de su oreja izquierda.

Salí un golpe seco, demoledor. Y Murray emitió un leve gruñido a la vez que sus músculos se aflojaban e iniciaba la caída, dejando escapar la pistola con que había estado amenazando a la pelirroja.

Me apresuré a aferrar a Murray para evitar su caída. Aunque yo no ignoraba que la basura estaba mejor en el suelo. Y eso era el abogado, basura podrida, de lo más podrida que yo había visto jamás.

Claire inició un movimiento en dirección a la puerta, dispuesta a huir.

Y yo me apresuré a decir:

—Somos amigos. He venido en su ayuda.

Me reconoció más por la voz que por otra cosa, puesto que en la oficina de Murray no se disfrutaba de buena luz.

La pelirroja se detuvo, me miró y dijo sonriendo:

—¿Usted otra vez?

—Si no le molesta, pues sí. Otra vez yo.

—No me molesta en absoluto. Pero no quisiera verle complicado en este asunto. Es grave y arriesga su piel...

En lugar de responder, pregunté:

—¿Cómo está Connie?

—Bien. Tal vez ignore aún que me he ido. Ya la compliqué demasiado.

Yo me di cuenta de que Murray no había perdido totalmente el

conocimiento, aunque fingía lo contrario.

Hice señal a la pelirroja para que se apoderase de la pistola que le había caído a él.

—Con cuidado, no se le dispare. Y si se le va alguna bala, que sea apuntando para este indeseable.

—De verdad que me están dando ganas de volarle los sesos.

—Lo comprendo. He escuchado parte de su conversación con él. Una buena parte.

Añadí tras una pausa:

—Usted dejó la puerta abierta.

—No quería tener complicaciones al retirarme.

—Y las tuvo al entrar...

Seguidamente zarandeeé a Murray:

—¡Eh! No te hagas el dormido o te sacudo de nuevo. Primero lo obligué a que se aguantase sobre sus pies y luego lo lancé con habilidad hacia un cómodo sillón, en el cual quedó sentado, hundido casi.

Claire Baker experimentó deseos de reír. Y dijo despectivamente:

—Ese sucio pelele...

Seguidamente preguntó:

—¿Cómo ha logrado localizarme?

—Pregunté en dónde podría encontrarla. Y la encontré —respondí en broma.

—Tiene usted buen humor...

—Estoy de suerte, ¿no? Investigué, me enteré que este indeseable la había sacado de algunos apuros y pensé que vendría a pedirle ayuda.

—En esto último acertó de lleno... —ironizó ella.

—Ya me he dado cuenta.

Comprendió la sensacional pelirroja que no me había gustado su última frase y sonrió cautivadoramente; luego dijo:

—No se enfade conmigo. A veces pienso que no estoy demasiado bien del último piso.

Señaló para su cabeza. Yo me apresuré a responder:

—Su último piso es precioso y se puede permitir lo que sea. Y no es solamente su último piso lo que resulta impresionante.

Miré intencionadamente para su busto y sus piernas. Lo hice admirativa y limpiamente y no silbé por respeto a ella misma y a

mí.

La chica comprendió y no pareció molesta, sino todo lo contrario.

—Eso está bien. Ya me advirtió Connie que si le volvía a encontrar, tuviese cuidado con usted.

—¡Vaya con Connie! No creo que ella tenga queja de mí.

—En absoluto. Todo lo contrario.

Lo dijo con una expresión que resultaba cautivadora o invitadora a la vez. Ustedes me entienden, ¿verdad?

Yo no dejaba de vigilar al abogado Murray, el cual nos miraba con los ojos entornados. Daba la sensación de que planeaba algo contra nosotros.

—Inténtalo y sabrás lo que es bueno —le avisé, como si hubiese adivinado sus pensamientos.

La pelirroja se acercó mucho a mí, hasta envolverme en su perfume y hacerme sentir en parte la tibieza de su piel.

—No te has debido meter en esto. ¿Por qué lo has hecho?

—Me gustas —fue la respuesta rápida.

—¿Y si fuese vieja y fea?

—Entonces no me gustarías. Pero te ayudaría también. De vez en cuando hay que hacer algo noble en esta perra vida. Uno tiene que justificarse, ¿comprendes?

—Sí, te comprendo. Por eso conozco a este indeseable, porque estoy en contra de esta corrompida sociedad. Y me he manifestado en ese sentido en más de una ocasión...

Murray se iba tranquilizando al no producirse violencia por el momento; y tuvo la humorada de decir:

—Sí, claro; y por eso te casaste con Don Craig, el hombre limpio como ninguno.

Claire se volvió irritada contra Murray y le escupió. El otro cerró los ojos al sentir el salivazo.

—No mereces ni eso, maldita basura. Tú eres peor aún que Don. Y eso que tuviste mejores principios. A fin de cuentas él salió de la nada.

Iba a replicar Murray con algo que debía ser soez, pero le contuve con una simple mirada que no tenía nada de amigable.

—Ya hay bastante de cháchara. Y ahora, vamos a lo que importa.

—Tienes razón —aprobo la pelirroja.

Se dirigió a Murray para decirle:

—Quiero esos documentos, ahora...

Accentuó significativamente la última palabra.

El granuja comenzó a decir:

—No creerás...

Corté, diciendo con tajante expresión:

—Sin divagar. Los tienes aquí. Sácalos o comenzaré a actuar a lo bestia. Y cuando me ponga, soy de los que dan duro. ¿O lo ignoras?

Me miró Murray como si comenzara a ver en mí otro hombre.

Y al fin preguntó:

—¿No te habías retirado?

—Sí. Pero estoy en activo otra vez.

—No tienes permiso...

—No creerás que para machacarte necesitare permiso alguno. Ni siquiera tuyo —añadió con ironía.

Para que se convenciese de que no exageraba, me acerqué a él y le aplasté la nariz con el pulgar de mi derecha.

Fue inútil que intentase librarse de la atormentadora presión de mi dedo que únicamente aflojé cuando vi que el abogado comenzaba a lagrimear.

—¿Convencido? —pregunté.

Claire había sentido impulsos de reír en el primer momento. Pero se contuvo al intuir que yo, ni intentaba hacer gracia, ni bromeaba.

Entonces dije seriamente a Murray:

—La cosa es grave, abogado. La gente de Don Craig y de Mark Hayden se han lanzado tras esos documentos. He tenido que destrozar a unos cuantos. Ellos, por lograrlos, te destrozarán a ti.

Claire intervino para decir:

—Yo los necesito para devolvérselos. Quiero comprar mi libertad a cambio de ellos.

—Mientras tengas esos documentos tu piel no vale ni dos centavos —dije yo.

Murray se había ido reponiendo, había dejado de lagrimear. Su mirada iba de mí a la pelirroja y viceversa, como si tratase de saber hasta dónde éramos capaces de llegar.

—Estoy dispuesto a dejarte hecho un guiñapo, si es eso lo que

quieres saber. No, no te mataré. De eso se encargarán tus propios compinches —le dije.

—Eres muy listo —replicó.

—Los documentos o comienzo... Y tus compinches no podrán hacer nada por ti, como no sea enviar flores a tu entierro.

El abogado suspiró. Me dio la impresión de que se resignaba a perder.

—Conservar la piel intacta es algo que tiene un precio —dije yo—. Así podrás llevar a cabo otras granujadas de tu marca.

—Está bien... —admitió de mala gana.

Se puso en pie y caminó, en dirección a un cuadro como habría podido hacer un sonámbulo.

Descolgó el cuadro. Se trataba de una rara composición no figurativa realizada con materiales que no tenían nada de nobles, como sacos, cuerdas, botones, etc. Pero correspondía a una firma muy cotizada.

Volvió la obra, arrancó un trozo de lienzo y sacó un sobre, el cual arrojó sobre su mesa de trabajo.

Adiviné que tras el sobre me iba a lanzar el cuadro, con su pesado marco, a la cabeza.

Noté al propio tiempo que se producía una leve corriente de aire. Teníamos visita. Y no pensé que nadie los hubiese invitado.

CAPÍTULO VII

Me moví con sigilo y con rapidez que debería resultar sorprendente para el abogado.

Y salí al encuentro de su movimiento, desarticulándolo al aferrarlo por una de sus muñecas, la cual sometí a violenta torsión.

Ahogó un gemido. Y comenzó a extraviar la mirada.

Claire me comprendió y acudió a recoger el pesado marco para evitar que produjese ruido.

Y yo golpeé furiosamente con el canto de mi mano derecha en el entrecejo de Murray.

Sus ojos dieron la impresión de que saltaban. Y el hombre comenzó a caer blandamente al suelo.

Lo hice girar hábilmente, lo empujé y lo lancé al sillón en que ya había estado sentado.

Murray había perdido toda noción de su existencia, lo cual no dejaba de ser una suerte en un momento como aquél.

Me apoderé rápidamente del sobre con los documentos y tomé a continuación la pistola del abogado, de la cual se había apoderado Claire.

Tomé a la pelirroja de una mano y tiré de ella.

Me siguió rápida y en silencio. Daba gusto trabajar con aquella chica; y no solamente por su atractivo.

Yo temía que hubiese quedado interceptada nuestra salida natural y me dirigí con Claire hacia otra parte del apartamento.

Llegamos al dormitorio. Tenía una amplia ventana, pero yo pensé que no debía servir para largarnos.

Y entonces arrastré a Claire hacia el cuarto de baño. La salida por allí podía resultar difícil, pero menos peligrosa.

—Te vas a quedar aquí, encanto —dije a la pelirroja.

—Lo que tú digas —respondió, complaciente.

Sin embargo, yo me di cuenta de que no me iba a hacer caso. Había que resignarse.

Asomé cautelosamente. Mi pistola descansaba en su funda. Pero en la diestra empuñaba la pistola del abogado. Tenía silenciador y si necesitaba emplearla, apenas si haría ruido.

Apenas asomé descubrí a dos fulanos que se hallaban en el gabinete de trabajo de Murray.

Resultaban irreconocibles con sus cabezas enfundadas en máscaras de fino punto que les permitía la visión y la respiración y que les daba un aspecto monstruoso.

Los dos que tenía a la vista estaban armados y uno de ellos apuntaba a la cabeza de Murray a pesar de que éste, según podía comprobar yo, no había vuelto en sí.

Los fulanos gesticulaban entre sí.

Vi aparecer a otro, el cual portaba el cuadro en que habían estado ocultos los documentos.

Se daban cuenta de que se les había adelantado alguien.

—¿Qué sucede? —preguntó Claire a mi oído.

Se acercó mucho y volví a sentir algo más que su perfume; el contacto con su cuerpo me resultó estremecedor.

—Se han dado cuenta de que alguien se les ha adelantado. Y de que ese alguien tal vez no ha tenido ocasión de salir...

—¿Quieres decir...? —preguntó, asustada.

—Temo que sí, pelirroja.

Aguardamos, pendientes de los movimientos de los tres individuos. Uno desapareció para volver a poco.

Llevaba un vaso con agua y una botella que muy bien podía ser *whisky*.

—Tratarán de hacer hablar a Murray —informé a Claire.

—Pero eso puede ser un desastre para nosotros —arguyo la pelirroja.

—O para ellos. ¿Quién sabe?

Rociaron el rostro de Murray con el agua y el hombre abrió los ojos.

—Reflejó pavor al ver a los tres individuos. Se dispuso a gritar.

Y uno de los fulanos le golpeó, arrojándolo de nuevo contra el sillón.

Otro se alzó parte de la máscara, dejando la boca al descubierto. Y preguntó:

—¿Quién se los ha llevado?

Yo estaba seguro de que Murray iba a responder. Y me dispuse a adelantarme. No quería que se viese convertido en un chivato más.

Claire sintió que le fallaba un pie, quiso cambiar de postura y produjo un leve ruido. Pero no tan leve como para que los otros no lo oyeran.

Aquello significaba la guerra.

Y ya saben ustedes acuello ce que: «Quien da primero, da dos veces».

En ocasiones no es así, pero yo debía lanzarme cuanto antes, particularmente cuando me di cuenta de que ellos se volvían como un solo hombre en dirección adonde estábamos nosotros.

Murray sonrió con expresión maligna. Su miedo se había evaporado. Y si estaba dispuesto a perder los documentos, deseaba que el máximo derrotado fuese yo.

A fin de cuentas aquellos individuos eran de su calaña.

Cuando me di cuenta de que los fulanos se disponían a tirar sin preguntarme qué hacía allí, me adelanté a darle gusto al dedo.

Y el fulano que me encañonaba ya y que estaba más cerca, se estremeció y cayó hacia atrás, desplazando a otro de sus compinches que se disponía a tirar.

Había tenido suerte de lograr aquella carambola. Pero no podía entretenerme en apreciar aquellos efectos. Y tiré nuevamente, en aquella ocasión, sobre el que había hecho la pregunta a Murray.

La bala le entró por la boca y se le fue a alojar cerca de las vértebras. No pudo resistir el hombre y cayó pesadamente contra la mesa de trabajo del abogado, resbalando a continuación hasta el suelo, en el cual golpeó con la cabeza.

El otro fulano decidió que lo mejor para su salud era hacer la del humo y corrió en dirección a la salida.

Tire contra él y vi que se estremecía. Pero el fulano prosiguió su carrera.

Y poco después oímos el portazo que daba a sus espaldas.

Claire parecía avergonzada por lo sucedido. Y yo la animé diciendo:

—Gajes del oficio, pelirroja. No hay que preocuparse.

La llevé conmigo tomándola de la cintura y así llegamos hasta dónde estaba Murray, el cual sudaba copiosamente y se había dejado caer de nuevo en el sillón.

—No tienes suerte, abogado —dije.

—Esto te va a salir caro —respondió.

—¡Explica eso...!

—¡Diablos! Dos muertos en mi casa.

—Los has matado tú, con tu pistola... —dije sin inmutarme.

Borré del arma toda posible huella y la dejé sobre la mesa.

Y proseguí, diciendo:

—Si hay escándalo serás tú el que más pierda. No creo que Lou Travers ni David Winter te lo agradezcan.

El fulano comprendió que yo tenía razón. Y tragó saliva como si aquello pudiese darle fuerzas.

Yo proseguí:

—Podría matarte, dejar la pistola en tus manos, como si te hubieses suicidado después del desastre... Y la policía agradecería a un desconocido que le hubiese librado del montón de basura que sois los tres.

Intuyó Murray que yo no me equivocaba. La policía estaba hasta muy por encima del tupé de tipos como aquéllos, incluyendo al abogado.

Pero la policía estaba atada por las leyes, no podía hacer lo que había hecho yo.

—Por la cuenta que te tiene ya harás desaparecer a esos dos sin ruido. Pide ayuda a tus compinches... Y no intentes echarme encima a nadie, porque te destrozaré.

Murray sabía que yo no amenazaba en vano. Asintió con la cabeza.

Yo me dirigí a Claire:

—Vamos, pelirroja. Aquí sobran dos y éstos somos nosotros.

No se me ocurrió hacer comprobar a Claire que los documentos eran los que ella buscaba.

El abogado no se habría atrevido a engañarnos.

Antes de salir del bufete de Murray pudimos comprobar que el tercero de los malhechores iba herido. La pistola del abogado había cumplido como las buenas.

Tomé de nuevo a Claire de la cintura. Ella se dejaba llevar y,

hasta en ocasiones; observé en su rostro un gesto malicioso.

Nos dirigimos al ascensor. Lo hicimos llegar hasta el piso y lo tomamos.

Pero yo, en lugar de dirigirme hacia los bajos, lo hice subir hasta lo más alto.

—¿Es que nos vamos a marchar volando? —preguntó Claire.

—No tengo aún una idea muy clara. Primero he de examinar el terreno. Pero no estoy dispuesto a dejarme cazar tontamente y estoy seguro de que allá abajo habrá más de uno esperándonos.

—Tienes razón.

Besé a la pelirroja mientras subía el ascensor. Yo me sentía más cerca del cielo por momentos.

Cuando nos detuvimos arriba, Claire suspiró. Tengo la impresión de que no le hubiese molestado que el viaje hubiese durado quince o veinte pisos más.

Tuvimos suerte. Salimos a la azotea y de ella saltamos con cierta facilidad a la de otro edificio algo más bajo.

Tomamos un nuevo ascensor en el otro edificio. Pero en aquella ocasión íbamos acompañados.

Hice comprender a Claire con la mirada que habría tiempo para todo.

Y al fin nos vimos en la calle, en una arteria paralela a aquélla por la que habíamos entrado al edificio en donde Murray debería estar entonces tratando de librarse de los dos regalitos que le había dejado.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Claire.

—Lo primero debe ser comprobar si son éstos los documentos que buscamos.

—De acuerdo. ¿En dónde? Aunque estoy segura de que Murray no nos ha engañado.

—¿Por qué?

—Le conozco bien, y su expresión...

—Creíste conocerlo bien cuando te fiaste de él. Y sin embargo, te salió rana.

—Tienes razón —admitió la pelirroja.

Luego dijo:

—¿Vamos a mi casa? Será el último lugar adonde me irán a buscar los que me conocen.

—¿Y si los que te buscan no te conocen? Está la gente de Travers y Winter bastante interesada en el asunto.

—¿Crees que esos que atacaron en la oficina de Murray correspondían a esa banda?

—No estoy seguro. Murray era su aliado.

—Estaba dispuesto a traicionarlos.

—Ellos no lo sabían.

—Tienes razón. Además, ¿qué importancia puede tener a qué banda correspondían?

—De momento no importa. Más adelante tal vez pueda interesar.

Tomé mi decisión.

—Vamos a mi apartamento. Allí podremos comprobar si es eso lo que tanto interesa... De serlo me pondré en contacto con Don Craig. Si le facilitamos las cosas detendrá a su gente.

—No estés tan seguro. El también me quiere a mí. Como ese cerdo de Murray.

—Eso está perfectamente comprendido, pelirroja.

—Hay muchas mujeres por ahí, jóvenes y lindas, ¿no?

—Pero como tú hay pocas... Eres una pieza única y eso vale.

Nos habíamos puesto en acción. Subimos a un taxi y le di la dirección del apartamento de Connie que estaba en la misma manzana que el mío.

Claire se sintió sorprendida pero no hizo pregunta ni comentario alguno.

Y se acercó a mí todo lo que pudo.

Cuando nos apeamos dejamos que el taxi se alejase.

Y en lugar de dirigimos al apartamento de Connie fuimos al mío, tal como yo había señalado.

—He comprendido —dijo ella, mientras subíamos en ascensor—. Has temido que alguien interrogase y que el del taxi hablase.

—Las precauciones son siempre pocas. En la oficina de Murray yo había cerrado a mis espaldas y sin embargo, aquellos individuos se nos colaron.

—Sí, tienes razón.

Cuando entramos en el apartamento noté que ella estaba un tanto nerviosa.

—Tranquila. Primero los negocios... Luego, ya veremos...

—Bien, no tengo miedo, aunque sí por Connie.

—Olvida a Connie. Y veamos esos documentos.

Habíamos penetrado hasta el *living*. Claire echó una mirada en derredor.

—Todo muy pobre —dije yo.

—Pero has conocido mejores épocas, ¿no?

—Sí. Cuando trabajaba como investigador privado. Pero eso lleva consigo muchos líos.

—Lo comprendo. ¿De qué trabajas ahora?

—Vendía electrodomésticos. Pero cuando os encontré a Connie y a ti había decidido dejarlo. Mark Hayden es un indeseable.

—¿Mark Hayden? —preguntó Claire, sobresaltada.

—Sí, Mark Hayden; pero tú, tranquila. No estoy al servicio de él aunque Mark pueda pensar lo contrario... Examina eso.

Yo había tendido a Claire el sobre. Ella lo abrió mostrando el natural nerviosismo.

Sonrió; y me dijo al notar que yo me había dado cuenta:

—Lo comprendes, ¿no? Me estoy jugando mucho.

—Debiste hacer caso a tus padres.

—Les habría hecho caso si ellos hubiesen estado más ligados a mí. Son buenos, pero cada uno vive a su aire, para lo suyo. No estoy segura de importarles demasiado.

—No pienses ahora en eso...

CAPÍTULO VIII

Claire, tras examinar el contenido del sobre, me dijo:

—Sí, está todo.

—¿Ha tenido Murray tiempo de hacer fotocopias de eso?

—Lo ha tenido. Espero que no las haya hecho. No deseo perjudicar a Don. Únicamente quiero mi libertad.

—De acuerdo. ¿De qué se trata? —pregunté a la pelirroja, señalando para los documentos que había vuelto a guardar.

—Perdona... Puedes verlo tú mismo...

—No es necesario.

—Son pruebas de algunos sucios negocios llevados a cabo por Don y sus amigos. Trata de blancas y contrabando de drogas. Irían a la cárcel sin remisión. Y no sería eso lo peor. Quedaría el escándalo, que los invalidaría para la política.

La cosa estaba clara y asentí, diciendo:

—Lo comprendo. Y dada la clase de indeseables que son, no me extraña que no vacilen ante el crimen.

—Ellos no han vacilado jamás ante nada, si han visto las de ganar —replicó la pelirroja.

—¿Cuál es el motivo de rivalidad entre el grupo de Craig y el de Travers Winter? —pregunté a Claire.

—No es exactamente rivalidad. Si el grupo de Winter se apodera de esto, harían pasar por el aro a Craig y los suyos.

—¿En qué sentido?

Concesiones en material de obras públicas, compraventa de terrenos...

—¡Ya...!

Yo había oído hablar de aquella clase de sucios asuntos en que los políticos venales jugaban con los dólares del contribuyente. Y se

los embolsaban con pasmosa facilidad.

Por ejemplo, un terreno que les hubiese costado cuatro, lo vendían por dieciséis.

Luego, si el presupuesto de la obra, que se hinchaba a placer, era de treinta y dos, se invertían en ella dieciséis, empleando menos material y de peor calidad que el presupuestado. Y las ganancias... Pues ya me dirán.

Y esto es algo que, desgraciadamente, se hace con más frecuencia de la que generalmente se cree.

Tras estas reflexiones, dije a la pelirroja:

—Sí, con estos documentos harían pasar horas amargas a Don. El merece eso y algo peor. Pero no podemos consentirlo por los contribuyentes.

—Te comprendo... Yo no había pensado en eso.

—Es natural. Habías pensado en tu problema.

Claire me dio el número telefónico del lugar en donde podría encontrar a Don Craig en aquel momento.

Y yo no dudé un momento más. Marqué el número.

Me respondió un nombre cuya voz resultaba casi atiplada. No podía imaginar que fuese Don Craig.

Claire se había acercado mucho a mí, tanto que experimenté una especie de suave cosquilleo, algo que conducía a lo que yo, humorísticamente, designaba como la «llamada de la selva».

Enlacé a la pelirroja por el talle mientras ella decía a mi oído:

—Es el secretario de Don.

Al terminar de decirlo me mordió levemente en la oreja, haciéndome estremecer hasta el punto de que el microauricular estuvo a punto de saltar de mi mano.

Las mujeres son así. Les gusta comprometerlos en situaciones como aquella.

Hube de responder un tanto apuradamente al fulano de la voz casi atiplada:

—Necesito hablar urgente con el señor Don Craig.

—Lo siento, pero no está. Dígame qué desea.

—Pues si no está, búsquelo y dentro de media hora volveré a llamar. Se trata de una pelirroja llamada Claire Baker. ¿La ha oído nombrar? —pregunté.

El fulano se apresuró a responder, gritando casi y atiplando más

la voz:

—¡No cuelgue, por favor!

—Ya lo sabía —dije.

Aproveché la obligada pausa para corresponder a Claire con otro leve mordisco que la hizo respingar.

—Piensa que soy una señora casada —me reprochó en broma.

—Tu matrimonio no se ha consumado aún —repliqué tranquilo—. Y eso quedará para mí...

Noté que Claire se sonrojaba; pero dio la impresión de sentirse satisfecha.

Y la volví a abrazar, manteniéndola junto a mí.

Percibí ruido por el auricular. Y a continuación una voz grave, agradable. Por la mirada de la pelirroja comprendí en seguida que se trataba de Don Craig.

Me dio la impresión de que el individuo intentaba dominar sus emociones, algo que solamente lograba en parte.

—¿Qué sabe de Claire Baker? Si es que sabe algo y no se trata de una broma de mal gusto.

Antes de que lo pudiese hacer yo, se adelantó Claire a responder:

—No hay broma de ningún tipo. Soy Claire en persona.

A la otra parte del hilo telefónico se produjo un denuesto. La sorpresa había sido demasiado grande.

Claire añadió:

—Y no pienses que estoy sola.

Siguió un lapso de tenso silencio.

Lo rompió Craig para decir:

—Vuelve a casa y hablaremos. Tu sitio está allí.

—¿Es todo lo que se te ocurre, sucio *gángster*? —preguntó la pelirroja, comenzando a enfadarse.

—Eres mi mujer mal que te pese. Y piensa que un escándalo puede envolver a tus padres.

—¿Sí? ¡Mira qué bien! Tal vez así resuciten. Porque tal como viven ahora, es como si estuvieran fosilizados.

Estoy seguro de que la última respuesta de Claire sorprendió a Don, el cual se mantuvo silencioso.

Consideré que debía intervenir yo. Y dije en tono autoritario:

—Dejémonos de frases y vamos a concretar.

—He sido bastante concreto —replicó el *gángster*, tratando de

imponerse.

—Ha sido estúpido, que no es lo mismo. Se ha pasado de listo. Antes de que pudiera responderme, proseguí diciendo:

—Su esposa y yo hemos recobrado ciertos documentos de los que usted tiene ya noticia.

Claire intervino a su vez para aclarar con expresión agresiva, de forma que Craig lo escuchase:

—No soy la esposa de ese indeseable.

—Escucha, pelirroja... —comenzó a decir Craig.

Le interrumpí diciendo:

—Es usted quien debe escuchar. Usted recibirá esos documentos tan pronto el matrimonio entre Claire Baker y usted haya sido anulado. Y será usted quien se encargue de anularlo, alegando lo que sea. Nos es igual.

—Eso es absurdo —comenzó a decir Don Craig tras un breve silencio.

Me mantuve silencioso a mi vez y lo mismo hizo la pelirroja, la cual volvía a jugar con una de mis orejas al ver que las cosas se iban solucionando con arreglo a sus deseos.

Correspondí a sus jugueteos con un pellizco que casi la alzó en vilo y provocó un pequeño grito.

—¿Qué diablos sucede ahí? —preguntó Craig, furioso.

—Que he encontrado al hombre de mi vida —replicó la pelirroja en plan desafiador—. Es lo único bueno que te debo.

El *gángster* resopló. Y dijo al cabo, no sin esfuerzo:

—Está bien. Estoy dispuesto a renunciar a ti aunque te quiero más que a nada en el mundo.

—No me hagas llorar ahora... Y vamos a lo que importa —exigió Claire.

—Una petición de divorcio o de anulación de matrimonio, que en un don Nadie no tendría importancia, a mí me hundiría.

—No debiste abandonar la cloaca —intervine yo—. Y ahora todo esto te tendría sin cuidado. Porque tú eres animal de cloaca.

Comprendí que Craig se enfurecía. Dijo, tratando de dominar su irritación:

—No me fastidies, quienquiera que seas, o corto...

—Puedes cortar cuando te plazca. El escándalo que quieres evitar, puede estallar de un momento a otro. Bastaría con que diese

estos documentos a un periódico de los que tienes enfrente. O que se los vendiésemos a Lou Travers.

Su voz adoptó un tono amenazador al decir:

—No intenten una cosa así o no respondo de lo que pueda suceder a los tuyos, pelirroja: O a esa amiguita que te dio refugio...

Antes de que Claire pudiese replicar lo hice yo, diciendo:

—Inténtalo y los escándalos terminarían para ti porque irías a dormir en las frías aguas del Hudson para siempre, con una gruesa piedra al cuello. ¿O prefieres el East River? —pregunté finalmente en tono jocoso.

Precisamente por eso el fulano debería darse cuenta de que yo no bromeaba.

Me di cuenta de que jadeaba. Claire guiñó graciosamente uno de sus ojos, queriendo darme a entender que íbamos volcando la pelea a nuestro favor.

—Te prometo pedir el divorcio o la separación apenas hayan pasado las elecciones. Debes volver a casa, haríamos una vida aparentemente normal.

Estuvimos a punto de romper a reír. Estaba claro que se había dirigido a la pelirroja. Pero como era yo el último que le había hablado se podía haber interpretado de otra manera.

Dominado el impulso de la risa, respondió Claire:

—Comprenderás que no me puedo fiar de ti. Tus pistoleros pretendieron secuestrarme... Tú eres de los que no vacilarían en hacerme desaparecer. A mí o a quien sea, con tal de salvar la situación.

—Te aseguro...

—El divorcio, o nada —dijo la pelirroja en tono tajante.

Intervine para decir:

—Su aparato de propaganda puede inventar el cuento que quiera. ¿No inventó ya lo del secuestro?

—No sé nada, se lo aseguro.

—Está mintiendo. Y ahora piense en una cosa. La gente de Travers anda detrás de estos documentos. Nosotros corremos un riesgo al guardarlos para usted, porque no queremos hacerle daño.

—Eso es cierto —intervino de nuevo Claire—. Pero tú no sabes apreciar mi nobleza.

Siguió un lapso de silencio que rompí yo para decir:

—Imagínese que para quitarnos de encima a esos pistoleros de Travers entramos en tratos con él y les vendemos los documentos.

—¡No lo intenten! —gritó.

—Sin gritos... Le señalo una posibilidad. Tanto Claire como yo queremos jugar limpio. Algo que usted no merece, pero nosotros somos así.

Craig resopló. Estaba entre el puñal y la pared.

Seguro que sudaba.

Respondió al fin:

—Está bien. Consultaré con mi abogado para ver la mejor forma de enfocar la cuestión.

—A mí no me interesa la propaganda, puedes estar seguro —dijo la pelirroja.

—Lo sé. Pero es que me duele perderte. Algo que debes comprender, que debe comprender cualquier hombre.

—Me has perdido ya. Y no solamente por tu pasado... ¿Cuándo tendré noticias tuyas? Me urgen.

—Lo antes posible. ¿Adonde te puedo llamar?

La rubia preguntó con hiriente ironía:

¿Pretendes localizarme por el teléfono? ¿Para que tus muchachos me secuestren?

—No debes pensar en tal cosa.

—Lo intentaron. Me secuestran, se apoderan de los documentos, luego muero en un «accidente» de esos que tan bien sabéis preparar...

—¡Escucha, Claire...! —bramó Don Craig.

—Sin gritos ni aspavientos. Entre estos documentos hay dos que se refieren a otros tantos «accidentes» de dos oponentes tuyos.

Intervine yo para decir:

—La verdad que es un riesgo dejarle libre... Procure dar la solución pronto, no sea que lo pensemos mejor y lo entreguemos.

Aguardamos vanamente una respuesta violenta.

Tras un lapso de silencio, oímos un fuerte resoplido y al fin, su voz. Parecía quebrada cuando dijo:

—Está bien. Llamen dentro de una hora u hora y media aproximadamente. Sí, a este mismo teléfono. Haré que me pasen la llamada inmediatamente.

Fue él quien colgó, cortando la comunicación.

Nosotros le imitamos; y quedamos frente a frente, mirándonos.

La mirada de la pelirroja resplandecía de alegría. Y de no sé cuántas cosas más y todas buenas.

De improviso, sin saber quién tomó la iniciativa, nos precipitamos el uno en brazos del otro.

La estreché con fuerza. Sentí que me mordisqueaba una vez más en una de mis orejas y me estremecí.

La oí decir en voz que era un susurro:

—Después de tantas emociones pienso que es irremediable... Me gustas y te voy a querer inmensamente.

La tomé en mis brazos y ella se dejó llevar.

No me nombró a Connie para nada. Prefería vivir su experiencia.

CAPÍTULO IX

Claire me resultó de lo más sabroso que a lo largo de mi vida había encontrado en mujeres. ¡Más que Anne! Yo la había calificado mentalmente de sensacional.

Y era así: sensacional, emotiva, un verdadero prodigio. Según ella misma dijo, a los enamorados se les abre el apetito. Revolvió en la despensa y encontró lo que consideró necesario para preparar un buen almuerzo. Como Anne había hecho el desayuno.

Estaba la pelirroja en ello cuando llamaron al teléfono. Acudí a él.

Era Anne Lewis, sí, la despampanante rubia secretaria de Mark Hayden y que, no hacía muchas horas, había salido de allí mismo.

Confieso que Claire me la había hecho olvidar. A ella y a la gestión que le había encomendado.

Comprendí inmediatamente que estaba enfadada. Precisamente porque dijo en tono suave:

—¡Vaya! Al fin te he localizado...

—No he parado un momento, rubia. La cosa no es nada fácil.

—¡Maldito hipócrita! —chilló.

Advertí, en tono mesurado:

—Cuidado. Parece que intentas subirte a mis barbas.

Y en esta ocasión el jefe soy yo y tú la secretaria.

Y el jefe, el auténtico, está que bota contigo. Y con razón que le sobra.

—¿Te refieres a ese sapo de Hayden?

—Al mismo. Es él quien paga. Y quien paga es el jefe. ¿O no?

—Para los esclavos sí. Pero yo no soy un esclavo.

Seguidamente pregunté:

—¿Qué hay de la gestión que te encargué?

—Fui a la casa de modas. Esa chica no ha aparecido hoy por allí.

—¡Vaya! No hemos tenido suerte por ahí...

Me di cuenta de que la rubia se esforzaba en aparecer tranquila. Ella prosiguió:

—Esa chica se llama Connie Finn, es rubia nórdica...

—Es lo que me pareció en la fotografía —dije tranquilamente.

—Estudió con Claire Baker, en el mismo colegio, no sé si tres o cuatro años.

—¿Quieres decir que es una chica de clase?

—Tal vez lo sepas tú mejor que yo, porque vive en un apartamento cuyas ventanas traseras dan a las traseras del tuyo. No me extrañaría que alguna noche hayas jugado al gato y hayas pasado a verla.

—¿Por quién me tomas, Anne? —pregunté, haciéndome el ofendido.

—Por lo que eres. Un sinvergüenza.

—El que me gusten las rubias como tú no quiere decir que uno sea un sinvergüenza. Y no tenía ni idea de que la tal Connie existiese. Y si no me crees, allá tú.

—Tienes razón. No tengo por qué estar celosa. No me has prometido nada y aún te debo dar las gracias por dejarme pasar la noche a tu lado.

—Por favor, Anne...

—No me interrumpas, por favor...

Guardé silencio. Y esperé.

Anne, después de suspirar, dijo en tono mesurado:

—Fue Connie la que proporcionó a Claire Baker como cliente a la casa de modas.

—Ese detalle no me sirve gran cosa, aunque te lo agradezco. Has investigado a fondo.

—¡Y un cuerno! —chilló Anne perdiendo de nuevo los estribos.

—¿Se puede saber qué te sucede?

—El jefe, ese inmundito sapo, pero que no tiene nada de tonto, está que trina contigo.

—¿Acaso no lo pasó bomba con la moracha que la presenté?

—No se lo he preguntado. No me importan esas cosas.

—Haces bien. Que cada cual viva a su gusto, particularmente en materia de amores.

—¿Es necesario jurarte que te arañaría si te tuviese a mi alcance?

—Pues no, la verdad. Pareces enfadada y no veo el motivo.

—Tienes ahí contigo a Claire Baker. Y no me extrañaría que... Tú me entiendes. Nos gustas a las mujeres...

—¿Es lo que piensas tú o lo que cree Hayden? Me refiero a lo de que haya podido encontrar a Claire Baker y la tenga conmigo, claro, no a lo otro que has insinuado.

—Yo no lo podía creer cuando me lo ha dicho el sapo de Hayden. Pero ahora creo que él acertó.

—¿Él te ha dicho eso?

—Sí; y estaba furioso. Terminaba de hablar con Don Craig y, atando cabos...

—Eso me interesa —interrumpí—. ¿Qué le ha podido decir Craig para hacerle pensar en tal cosa?

—¿Te confieso una cosa? —preguntó Anne en lugar de responder a mi pregunta.

Asomó Claire indicándome por señas que el almuerzo nos aguardaba.

Le hice señas para que se mantuviese silenciosa.

Caminó hacia mí en silencio, como una pantera dispuesta a saltar sobre su presa.

Temí, no solamente por mis orejas, sino por otras muchas cosas; y le hice comprender por señas que no debía acercarse.

Obedeció.

Yo respondí a la rubia:

—Siento debilidad por las confesiones. Me gusta escuchar a la gente, que se desahogue, que se alivie...

—Verás; el jefe me localizó por uno de sus esbirros.

Fue cuando yo llegaba a mi apartamento después de hacer la gestión en la casa de modas.

Hizo una pausa y la animé:

—Adelante.

Bajó la voz para decir:

—Estoy segura de que hay una mujer contigo ahí. Si no es Claire Baker, puede ser Connie Finn... O, ¿quién sabe? De estar solo me habrías llamado rubia, y me habrías dicho cosas agradables.

—Sigue, rubia, pero con tu confesión.

Miré a Claire como pidiéndole disculpas. La pelirroja debía sentirse segura de sí, porque señaló un ademán de indiferencia.

Y se alejó para que yo pudiese hablar con tranquilidad. Yo añadí, dirigiéndome a Anne:

—Sabes que me gustas como nadie.

Aquello pareció tranquilizarla; y prosiguió:

—Total, me hizo ir a la oficina. Y comenzó a decirme bestialidades a pesar de que yo le informé de la gestión que había llevado a cabo.

—¿Le dijiste todo?

—Todo. Lo mismo que a ti. Estaba furioso. Temí que me podía golpear y todo.

—Eso se lo cargaré en la cuenta. Adelante —dije tranquilamente.

—Entonces le llamaron por teléfono. Cuando reconoció al que le llamaba, me hizo salir.

—Eran Don Craig.

—El mismo. Y yo me aproveché para tomar el aparato supletorio y escuchar la conversación.

—¿Sabes que vales lo que pesas, Anne? Cuando haya ocasión celebraremos eso en grande; con champaña y todo.

Aquello le dio ánimo. Y prosiguió:

—Craig estaba asustado y furioso. Un individuo trataba de hacerle chantaje valiéndose de su mujer, que estaba con él.

—Comprendo. Y tú has creído que ese individuo era yo y que conmigo estaba Claire Baker... —dije tranquilamente.

Creo que la engañé. Y confesó:

—Pues sí, es lo que llegué a creer; pero eso no tiene importancia. Lo malo es que ellos lo creen y que, si no das señales de vida, temo que te buscarán.

Reflexioné. Y dije a continuación:

—Puedes ponerte en contacto con el sapo de Hayden. Le dices que me has localizado... ¿Te sirve?

—Sí. Tal vez me suba el sueldo y todo.

—Pues se lo dices así. Y que tengo medio localizada a Claire Baker. Sé que un individuo va con ella. Parece que la pelirroja se ha dejado secuestrar.

—Pero tú no sabes nada de eso... —dijo Anne con marcada

desconfianza.

—Sé lo que me has dicho. Y también sé que hay un abogado, un tal Jack Murray, que la protegió ya en dos o tres ocasiones...

—¿Y piensas que ése puede ser el fulano?

—¿Y por qué no?

—No das una, Lloyd. Estás perdiendo facultades —me dijo Anne—. Ese abogado fue localizado ya. No está con él y ni siquiera la ha visto.

—¿Lo ha dicho él?

—Sí.

—¿Y se han conformado?

—Parece que sobran motivos para que se den por satisfechos.

—Pues ya veremos si a mí me engaña ese tal Murray. Entre tanto, haz lo que te he dicho. Te llamaré dentro de media hora.

—Está bien. Esperaré.

—Te deseo siempre, rubia.

—Pues a ver si no se queda en palabras, porque tú, a veces, haces la del humo y no hay medio de atraparte.

Al fin logré despegármela. Y me dirigí a la mesa en donde la sensacional Claire me esperaba.

Comenzamos a almorzar.

Claire dijo tras haber alabado yo el almuerzo:

—¿Era la rubia de anoche?

No se me atragantó el bocado por verdadero milagro.

Respondí seriamente, pero con amable naturalidad:

—Sí, Anne. La secretaria de Mark Hayden. Trabaja como secretaria ayudante mío en este asunto tuyo.

—Una chica eficiente.

—Lo es. Le encargué unas gestiones acerca de Connie Finn. Un poco para abrir unas posibilidades de encontrarte si me fallaba Murray. Otro poco, por trabajar con más tranquilidad.

—Y ha conseguido bastante.

—Pues sí. Lo que parece ignorar es el lugar en donde se halla Connie. No ha ido a trabajar hoy.

—Lo hemos acordado así. Ya oíste a Don. Podría querer vengar en ella su fracaso conmigo. Yo sé dónde está. Y le he pedido que no se mueva de allí hasta que todo quede solucionado —dijo la pelirroja.

—Es una buena medida —admití.

—Connie es una leal amiga mía. Fuimos compañeras de colegio.

—Me han informado de todo eso.

—¿La eficiente rubia?

—Precisamente.

—¿No se enfadará conmigo? Tiene un tono de pelo precioso.

—Pues sí. Aunque me gusta más el tono de cobra recién fundido de tu pelo —respondí tranquilamente, sin meterme a averiguar cómo había conocido el tono del pelo de Arme.

Volví a alabar el almuerzo.

—¿Te casarías conmigo? —preguntó ella.

—Por el almuerzo, no. Por tus encantos personales, sí —dije, relamiéndome golosamente a la vez que la miraba de manera insistente, deteniendo la mirada en el mal abrochado escote de su blusa.

Se sonrojó.

—Eres un tipo de cuidado. Y no es por lo que Connie me ha dicho. Es propia experiencia.

—Eso es lo que vale, la propia experiencia —respondí tranquilo. Terminábamos el almuerzo.

—Pareces preocupado —dijo Claire.

—No me fío de tu marido. Y Anne no deja de ser una ingenua.

—¿Qué quieres decir?

—Han empleado a Anne para localizarnos.

Repiqueó el timbre del teléfono. Claire se puso en pie a la vez que me decía:

—No te molestes. Veré quién es.

—No respondas... Déjales que llamen.

—Puede ser algo de interés. Tal vez la rubia.

—No respondas, por favor —pedí a la atractiva pelirroja.

En tales situaciones ella se había mostrado bastante obediente y disciplinada.

Y en aquella ocasión, para no ser menos, me hizo caso.

—Termina de arreglarte. Nos vamos.

—¿Adonde?

—No lo sé. Pero estamos localizados y no me interesa presentar batalla por el momento.

El timbre del teléfono dejó de sonar.

—Ellos pensarán que no estamos.

—Ellos saben que estamos.

Yo me había asomado con cautela a una de las ventanas. Y desde ella pude descubrir una ambulancia sanitaria semejante a la que habían empleado ya cuando el primer intento de secuestro de Claire.

Un hombre se hallaba al volante. Otro, de pie en la acera, apoyado contra el carruaje, miraba hacia arriba, como si intentase localizar el piso en donde nos hallábamos.

Para mí, que tengo una larga serie de experiencias, aquellos tipos eran inconfundibles.

Me dirigí a Claire.

—Asoma con cautela y verás una ambulancia. Hay un tipo al volante y otro apoyado en ella. Piensa en si los has visto en alguna ocasión.

La pelirroja hizo lo que le pedía. Y se volvió a poco para decirme:

—No puedo asegurarte que les haya visto; pero fulanos como éstos andan siempre en torno a Don. Fue una de las cosas que me hizo sospechar de él.

—Sí, nos han localizado —dije innecesariamente.

—Pero se han fastidiado, porque no les hemos respondido. Creerán que no estamos y se largarán.

—Están convencidos de que estamos y no se irán. Han llamado para provocar nuestra huida y lanzarse entonces sobre nosotros.

—Total, que la situación no es fácil.

—No. Pero moriremos matando —dije yo en broma.

La pelirroja me miró con expresión indefinible. Y volví a temer una vez más por mis orejas.

CAPÍTULO X

No sucedió nada. Y me dirigí a la salida de emergencia. Me asomé con el máximo cuidado.

Tal como hacía imaginado, estaba tomada también.

—¿Nos han cercado? —preguntó ella.

—Mientras no se demuestre lo contrario nos queda una salida por detrás.

Me dirigí cautelosamente a la ventana desde la cual se veía la parte trasera del apartamento de Connie.

Se lo hice ver a la pelirroja, a la cual dije:

—Pasaremos allí.

—Pero la ventana está cerrada.

—Eso no es problema para mí.

—Habrás hecho el camino más de una vez, ¿no?

—No. Y no creo que Connie te haya dicho nada en ese sentido.

—La verdad, no.

Volvió a repiquetear el timbre del teléfono.

En aquella ocasión lo tomé y pregunté:

—¿Qué hay?

—¿Es la funeraria La Última Alegría?

—¡Y tu tía haciendo *strip-tease*! —grité.

Era lo inesperado para Claire, que rompió a reír de manera estrepitosa.

Yo proseguí gritando:

—¡Ya podéis prepararos para correr, ratas inmundas, porque voy a soltar los perros!

Colgué de manera enérgica sin aguardar respuesta.

Y tomé de una mano a Claire, tirando de ella en dirección a la ventana que había elegido para salir.

—Ya terminarás de reír cuando estemos en el apartamento de Connie —le dije.

Salí el primero, no sin antes asegurarme de que no teníamos ningún comité de *gangsters* para hacernos un recibimiento a su manera.

Luego recibí en mis brazos a la sensacional pelirroja, la cual cuidó de cerrar la ventana, encajándola según las instrucciones que le di.

Mientras íbamos en camino, me dijo:

—La verdad es que te estoy dando más trabajo de la cuenta.

—Servirte es un placer, pelirroja.

—Si lo tomas así...

No resultó fácil abrir la ventana del apartamento de Connie. Pero yo me mostré irresistible una vez más, según frase de Claire.

Tomé en mis hombros a la pelirroja y ella se encaramó primero, ayudándome luego a trepar. La dejé hacer para que no se sintiese en inferioridad.

Porque la verdad era que yo estaba como nunca, fuerte como un bisonte. Algo que no tardarían en experimentar los pandilleros que intentaban detenernos.

Claire fue la primera en saltar al gabinete del apartamento de Connie.

Y lanzó una exclamación de asombro y miedo, exclamación que fue para mí como un acicate.

Y salté rápidamente tras ella.

La luz era escasa, a pesar de lo cual pude darme cuenta de que en el lugar en donde estábamos se encontraba todo revuelto.

Justo como si hubiese pasado por allí una especie de tornado.

Me pareció absurdo que la gente de Don Craig, que nos había localizado y tenía bastante información, hubiesen estado allí en busca de algo.

¿De qué podía ser? Los documentos, claro.

Me cercioré de que los llevaba conmigo, de que no los habíamos olvidado en mi apartamento.

Mi sexto sentido me avisó de que no estábamos solos.

Había un olor en el apartamento que resultaba característico.

Un olor que no habían dejado ni Connie ni mi pelirroja.

Claire se había acercado mucho a mí. No comprendía lo que

sucedía y había pasado para ella el susto que en principio se había llevado al verlo todo revuelto.

—Jamás me había divertido tanto —dijo.

Me encogí de hombros. Determinadas mujeres son así de incongruentes.

Seguidamente me sorprendió preguntando:

—¿Puedo terminar de reírme? Me cortaste en lo mejor —dijo, con gran sentido del humor.

—Preferiría que lo dejases para luego. Ahora...

Yo había pasado un brazo por la cintura para dominarla bien. Ella se dispuso a abrazarme creyendo que se trataba de una caricia.

Me avisó mi instinto y me ladeó ligeramente, esquivando.

Y al propio tiempo hice caer hábilmente a Claire, cuidando de que no se lastimase.

Pienso que en aquel momento no me comprendió.

Algo silbó en el aire. Era lo que yo había sentido.

Fue entonces cuando la pelirroja se dio cuenta de que las cosas se habían vuelto a poner difíciles.

Tres pandilleros habían hecho acto de presencia actuando con agilidad simiesca.

Dos me atacaban a mí mientras otro se dispuso a dominar a la pelirroja.

Al esquivar, lo hice sólo parcialmente. Libré la cabeza, pero la porra de goma me golpeó en uno de los músculos trapecio.

Experimenté un dolor agudo; pero reaccioné instintivamente, demostrando, que mis reflejos actuaban.

Logré esquivar una segunda porra.

Y bien situado de piernas, golpeé con mi derecha, un demoledor golpe cruzado en corto que alcanzó al primero de mis atacantes en un costado.

El fulano boqueó, produciendo un angustioso hipido.

Giré rápido para esquivar otro golpe y mis manos golpearon al segundo de los agresores.

Había salido un perfecto golpe de lucha que alcanzó en el cuello al segundo de los invitados.

Y el hombre salió lanzado de una manera violenta, aparatosa.

Dio de cabeza contra la arista de un mueble, puso los ojos en blanco y cayó de rodillas.

Antes de que pudiese reaccionar le asesté un puntapié en la boca y le puse fuera de combate, sangrando abundantemente por una brecha que le había abierto.

Todo se producía en silencio.

La pelirroja se resistía y yo, tras esquivar otro golpe de porra, salté y alcancé con mis dos pies en los riñones del individuo que trataba de reducir a Claire.

Allí se rompió el silencio. El fulano dio un alarido estremecedor y rodó, agitándose de manera convulsiva.

Para entonces ya Claire había logrado empuñar una lámpara y atacaba al otro individuo que se había lanzado contra mí.

Golpeó duro la pelirroja, pero no tuvo suerte. El fulano había logrado esquivar al presentir el ataque y la chica se fue de bruces al fallar el golpe.

Pero destrozó la lámpara contra la cabeza del que se lamentaba, haciéndole callar al dejarle sin sentido. Algo que le debería agradecer a Claire, porque —en aquel caso— dejaría de percibir el agudo dolor.

Esquivé a mi vez, lanzándome al suelo en salto que habría firmado un felino, de haber sabido firmar, claro.

Me apresuré a hacer una presa con mis piernas. Y el pandillero, que había trastabillado tras su fallo, se fue al suelo de manera estrepitosa.

Perdió la porra en la caída y entonces llevó la mano derecha a la axila izquierda.

La cosa estaba clara. El hombre echaba mano de los fuegos artificiales tras haber fallarlo con la silenciosa goma.

Yo hice lo propio, pero fui más rápido; y le encañoné antes de que él pudiese sacar. Y le amenacé:

—Quieto o te enciende el bigote, muchacho. Que por cierto, no me gusta, lo encuentro ridículo.

La pelirroja se había sentado y criticó al pandillero a la vez que señalaba para su cabeza.

—El bisoñé se le ha torcido. Resulta cómico, ¿no?

Era cierto. Sin embargo, la cosa era seria y la pelirroja no rió entonces.

Yo silbé admirado al reconocer al último de los vencidos. Y dije:

—Tú eres Dick Moore, el jugador de pelota base, ¿no?

—Sí. ¿Qué pasa con eso?

—En los últimos tiempos no te fueron bien las cosas por tramposo. ¿Acierto?

—No me fueron bien las cosas —dijo secamente Moore.

—Y ahora has entrado en el «clan» de tu primo Lou Travers.

—Soy primo de Lou Travers, pero ni siquiera me hablo con él.

—¡Ya...!

Claire me preguntó designando a los otros dos fulanos:

—¿Qué hago con éstos? ¿Les ato?

—De momento, sí. Luego, tal vez los lancemos por una de esas ventanas. Sí, ya sé, se pondrá la calle perdida... Pero para algo está el servicio de limpieza.

La pelirroja me comprendió. Y dijo:

—Recuerda la ambulancia que se halla en la otra calle.

—También había pensado en ella. Aunque no creo que aquéllos y éstos se lleven muy bien.

—¿Por qué? ¿No son de la misma calaña?

—En ese sentido no tienen nada que reprocharse. Pero aquéllos pertenecen al «clan» Craig-Hayden y éstos son del de Travers y Winter.

—¡Ya! Éstos son de los que pretenden hacer el chantaje a Don Craig.

—Exactamente. Has dado en el mismo centro de la diana. Ata a esos dos en tanto que yo desarmo a éste.

Claire se mostró eficiente, más de lo que yo podía suponer. Por otra parte, los dos pandilleros estaban tan dormidos que no opusieron resistencia alguna.

Desarmado, Dick Moore, le pregunté:

—¿Qué buscáis aquí?

—Ya lo puede suponer. Porque usted sabe tanto o más que yo del asunto.

—Seguro que sé más. Los documentos los tengo yo...

—A nosotros nos bastaban unas fotocopias que había hecho Murray.

—¿Esas tenemos?

—¿Acaso lo ignoraba?

—Lo ignoraba. De lo contrario se las habría arrancado con tiras de piel.

—Con esos documentos que tiene puede hacer el negocio lo mismo —dijo Moore.

—Sí. Pero yo no intento engañar a nadie... ¿Y cómo se os ha ocurrido que las copias podían estar aquí?

—Las envió Murray a nombre de Connie Finn. Quería ser vengado en el caso de que le sucediese algo.

—¿Y le ha sucedido?

—Le han destrozado. Si no ha «liquidado» ya, no tardará en hacerlo. Primero pensamos que había sido usted. Pero él ha dicho que fue cosa de la gente de Don Craig... Sí, y del tal Mark Hayden.

Confieso que aquello no me gustó nada. Hayden y Craig comenzaban a actuar estilo apisonadora.

CAPÍTULO XI

Preguntó Moore:

—¿Así pues, Craig ha conseguido hacerse con unas fotocopias?

—Sí; han logrado todo, menos el original y esas fotocopias que Murray envió a Connie Finn, para que ésta las hiciese llegar a usted o a la señorita Baker.

—Si Murray me lo hubiese entregado todo, ahora no las estaría «palmando» —dije yo.

—Pienso que le habrían machacado igual.

—¿Ellos tienen idea de que existen esas otras fotocopias?

—No.

—¿Han preguntado ustedes al conserje por si las tiene él?

—No las tiene. Pero parece que una rubia se hizo cargo de un sobre que traía el repartidor de una agencia.

Miré a Claire, la cual entendió mi muda consulta; y me respondió:

—No creo que haya sido Connie. Ella no ha debido abandonar el escondite. Tenía demasiado miedo cuando la dejé. Me pidió llorando que me quedase allí con ella.

—¿Entonces...?

—Esa rubia tiene que haber sido Anne. Lo cual quiere decir que la chica corre peligro —dijo mi pelirroja.

—¿De dónde sacaste esos documentos, Claire? —pregunté.

—Los reunió un tal Ernie Grant. Trabajaba para Lou Travers y David Winter.

—Ernie Grant, un viejo detective... Fue expulsado del cuerpo por inmoral —recordé.

—El mismo. Trabajaba por encargo de Winter y Travers, pero se puso en contacto con Don, esperando sacarle más. Fue cuando yo

me enteré.

—E interviniste, pagando más que el propio Don.

—Sí... Lo malo para Grant es que no pudo disfrutar del dinero que le pagué por eso. Dos días después era sacado del Hudson, en el cual había pasado las horas suficientes como para morir ahogado —dijo Claire.

Miré a Bick Moore, el cual se apresuró a decir:

—Le aseguro que la primera noticia la tuve cuando la leí en el periódico. No tuvimos nada que ver con el asunto. Debió ser cosa de Craig.

—Eso he creído yo también —dijo la pelirroja.

—¿Qué pretendían Winter y Travers? —pregunté a Moore.

—Cuestión de negocios —respondió tras una breve vacilación—. Ya sabe lo que son esas cosas.

—No lo sé. No me he metido jamás en negocios turbios —le dije.

—Hable, Moore. Usted sabe más de lo que pretende. Es la mano derecha de su primo, lo sé bien.

Moore dijo al fin:

—Don Craig nos negó unas concesiones después de que se había comprometido con nosotros. Y nosotros con una importante constructora.

—Y pretendíais atraparlo con esos documentos para que os diese tales concesiones.

—Sí, claro.

—¿Qué concesiones?

—Una autopista, dos puertos deportivos y la nueva ciudad sanitaria.

—Un buen bocado, vaya.

—Craig ha hecho ya su negocio con la compra de los terrenos —arguyo Moore.

—Lo que no me cabe en la cabeza es que os negase esas concesiones. A menos que él tenga su propia constructora.

—Que nosotros sepamos, no la tiene, pero tal vez alguna constructora le ha ofrecido comisiones más crecidas que las nuestras. Se mostró demasiado exigente y fue uno de los motivos de la ruptura.

—¿Qué comisiones pedía? —pregunté.

—Yo sabía algo de lo que se solía hacer, pero necesitaba

concreciones para tener una idea clara de hasta dónde eran capaces de llegar aquellos indeseables, verdadera escoria de la sociedad de consumo.

—Un quince por ciento del importe de cada adjudicación. Eso es una barbaridad —dijo Moore.

—Tal como trabajáis, se puede dar, porque apenas si ponéis un sesenta por ciento del material estipulado.

Moore no pareció sentirse en inferioridad, limitándose a decir:

—Hay mucha gente con la que se debe repartir. Todo lo más que le podríamos dar a Craig sería un siete por ciento. ¡Y ya está bien!

Como podrán apreciar, el tal Moore sabía bastante más de lo que en principio pretendía hacer creer.

—A mí, me da igual. Yo no voy a tomar parte en el «negocio». Ni vosotros tampoco. Os lo voy a estropear —me sinceré con Moore.

El hombre señaló un ademán de indiferencia y dijo:

—Si no lo hacemos nosotros, lo harán otros.

—Me encargaré de barrer todos esos clanes de indeseables; estáis corrompidos, sois auténticas pandillas de *gangsters*...

Moore se inquietó al notar que yo me enfadaba. Temió que comenzara la barrida precisamente por ellos.

Y la verdad es que estaba a punto de ser así.

Me dirigí de nuevo a la pelirroja, la cual parecía pendiente de mis decisiones, de mis pensamientos.

No quise nombrar a Craig como su marido. Sabía que a ella le molestaba.

—Lo sabía. Don ha faltado a su compromiso de presentar demanda de divorcio y abstenerse de toda otra acción en contra nuestra.

—Era de esperar —respondió ella con sencillez.

Dijo luego, tras breve reflexión:

—Por mí no te detengas. Haz lo que estimes mejor. Casi me alegraría de que hubiese escándalo y me viese envuelta en él. Tal vez así mis padres despertasen a la realidad.

—Ya sé lo que haré. Ni investigador privado, ni vendedor de electrodomésticos. Me dedicaré al periodismo, Y desenmascararé a esta gentuza. Haré imposibles su corrupción y sus sucios negocios.

—Me tendrás a tu lado. Soy capaz de adquirir un periódico para

ti.

—Espero que no será necesario tanto. Hice ya mis pinitos como periodista y me contratarán allá a donde vaya.

—En algún periódico que no está comprometido con gentuza de ésta.

—Los hay... —dije yo.

Era cierto. Pocos, pero los había.

Tomé el teléfono y llamé a la oficina de Mark Hayden. Me respondió él personalmente, como si estuviese aguardando mi llamada.

—¡Ya era hora de que se supiese algo de usted, Duncan!

—Pues no estoy muy seguro de que las noticias que le pueda dar le resulten gratas. ¿Qué hay de Anne? —pregunté en tono imperativo.

—No sé nada de ella. Me telefoneó en una ocasión para darme un recado absurdo de su parte. Preséntese aquí, Lloyd Duncan.

—¿Con Claire Baker o sin ella? —pregunté con sorna.

—¿Es que la ha encontrado?

—No se haga el ignorante. Además, he frenado la apisonadora que han puesto en marcha.

—Usted no está bien del último piso, muchacho.

Noté que estaba impresionado.

—Escuche lo que le digo, Mark Hayden. Sé que han empleado a Anne para localizarme.

—Le aseguro que no sé más.

—Cierre esa escotilla que tiene por boca y destape bien los oídos. Si a la rubia le sucediese algo, le aseguro que usted lloraría sangre.

—¿Por qué le había de suceder...? —preguntó dando vivas muestras de que estaba impresionado—. No hay motivos...

—¿Qué motivos había para que machacasen a Jack Murray? Era un indeseable, de acuerdo. Pero hay cosas que no se pueden hacer.

—¿Jack Murray? ¿Quién es ése?

—No se haga de nuevas. Fui yo quien recibió al primer trío de pandilleros que envió usted allí... ¿Enterado?

Colgué el aparato con energía que Hayden debía notar.

Me volví a Rick Moore, al cual dije:

—Vas a largarte con esos dos y vais a desaparecer, de lo

contrario os machaco si os vuelvo a encontrar.

Yo era el dueño de las armas y, por tanto, de la situación. En cuanto a Moore y sus dos compinches, estos últimos no estaban en condiciones de luchar. Bastante harían con arrastrarse como gusanos hasta llegar al auto que les estaría aguardando.

Fue el propio Moore quien les desató. Y salieron delante de Claire y de mí.

Nosotros dos tomamos un taxi cuando ellos no habían logrado aún poner su coche en marcha.

Di al taxista la dirección de una edificación próxima al edificio en donde residía la rubia Anne.

Apenas nos apeamos busqué una cabina telefónica. Y desde ella llamé al apartamento de la rubia.

Fue ella quien tomó el aparato telefónico. Y recibí la impresión de que estaba asustada.

Cuando me di a conocer se apresuró a decir:

—Estaba deseando saber algo de ti. Estoy terriblemente asustada. ¿En dónde estás?

—Más cerca de lo que imaginas. ¿Has recogido tú un sobre dirigido a la señorita Finn?

—Sí.

—¿Por qué lo has hecho?

—Intentaba localizarla a ella. Pensé que lo conseguiría por allí...

—Y te equivocaste.

—Sí.

—¿Has examinado el contenido del sobre?

—Sí.

—¿Te has dado cuenta de que es dinamita pura?

—Sí... Habría llamado al jefe, pero me he dado cuenta de que es capaz de todo. Me asustó esta mañana y eso que ignoraba esto.

—¿Por qué estás asustada?

—Tengo el presentimiento de que me han seguido. Me he esforzado en despistarles, pero más tarde o más pronto darán conmigo. ¿Y qué puedo hacer?

—¿Cómo se te ocurrió venir a tu apartamento?

—No tenía a donde ir. Recibí la impresión de que el tuyo estaba vigilado.

—Y lo estaba. No abras a nadie hasta que yo vaya.

—Descuida. ¿Tardarás mucho?

—No demasiado. No iré solo.

—Comprendo. Ella está contigo.

—Si me guardas el secreto te diré que sí.

Sabía que con aquella especie de broma ella se animaría.

—No me queda otro remedio. Sólo tú me puedes ayudar. Por eso esperaba tu llamada.

—Voy para allá. A fin de cuentas si corres algún riesgo es porque has querido ayudarme.

—Seguro.

Noté algo extraño y pregunté:

—¿Qué sucede?

—¡Date prisa! Tengo la impresión de que están intentando abrir la puerta.

Colgué el aparato. Y salí rápidamente, aunque no sin fijarme en lo que me rodeaba y que me podía interesar descubrir.

Claire me siguió, haciendo lo mismo que yo.

CAPÍTULO XII

Apenas puse el pie en el vestíbulo del edificio pude apreciar que los pandilleros de Hayden tenían dominado el lugar.

Había uno situado en la misma entrada y otro se encontraba controlando los ascensores.

La situación no era como para andarse con paños calientes; y atacué a lo bestia, sin preguntar a nadie cómo se llamaba ni qué hacía allí.

Aireé mi pistola antes de que el otro hiciera mención de desenfundar la suya y, tomándola por el cañón, le aticé un duro golpe en la mandíbula.

Se oyó un crujido y el hueso se rompió como si fuese de cristal. El hombre puso los ojos en blanco y se derrumbó aparatosamente.

Hice girar la pistola en mi diestra. El fulano que controlaba los ascensores intentaba sacar su arma de la correspondiente funda sobaquera.

Decidí no darle tiempo a que la empleara y, menos, contra mi persona. Me adelanté a hacer fuego.

Inició un salto el fulano tratando de esquivar la bala, pero ésta le pilló cuando iba por el aire, dándole de lleno.

Dejó escapar el arma y cayó contra la puerta del ascensor. Éste terminaba de llegar a la planta y se abrió. Y el hombre cayó dentro del aparato, entre las personas que bajaban, las cuales salieron corriendo a la vez que gritaban asustadas.

Arrastré hasta el ascensor al fulano da la mandíbula rota y le situé junto al otro.

Cerré el ascensor y pulsé para que subiera hasta el final del edificio.

Todo ello lo fui haciendo con la ayuda de Claire, que resultaba

una estupenda compañera de aventura.

Pasamos al otro ascensor. Y pulsé para ir al piso inmediatamente superior a la planta en donde se hallaba el apartamento de Anne.

Una vez en él descendimos por la escalera.

La puerta del apartamento era violentada en aquel momento y llegó hasta nosotros el grito espeluznante de Anne.

Tres individuos penetraban atropelladamente en donde vivía la rubia.

Y otro quedaba guardándoles las espaldas y controlando los ascensores.

Hasta ellos debía haber llegado el ruido del disparo que había hecho yo y que había retumbado por todo el edificio.

De nuevo hube de adelantarme a tirar contra el que controlaba los ascensores y que se disponía a cerrarnos el paso.

El hombre cayó fulminado por el balazo cuando ya había sacado su pistola y se disponía a tirar.

De los tres que habían penetrado ya en el apartamento de la rubia, dos volvieron hacia atrás para hacerme frente mientras el tercero seguía adelante.

Me llevé un gran alegrón al reconocer en él al propio Mark Hayden.

Obligué a Claire a que se escondiera y comencé a tirar sin tasa, respondiendo a los envíos de balas calentitas que me hacían los dos pandilleros.

Alcancé a uno de ellos a la altura del estómago y le vi doblarse a la vez que su rostro se contraía en un gesto de dolor.

La vida fácil de aquellos sucios pandilleros debía tener sus quiebras; y a aquél le había llegado una de ellas y bastante grave.

Anne volvió a gritar. Entre disparo y disparo, se oyó ruido de golpes.

El fulano que tenía frente a mí se cubría bien y hacía difícil mi avance.

Disparé rápido para obligarle a esconderse y así vacié mi cargador sin tocarle con una sola bala.

Corrí entonces, recogiendo en mi marcha la pistola que había caído al del ascensor.

Salió el otro un poco sorprendido y, antes de que pudiese tirar, le lancé al rostro la pistola descargada.

Aquello le hizo fallar un disparo cuya bala rozó una de mis orejas.

Disparé a mi vez desde tan corta distancia, que le acerté en la parte media de la frente, chamuscándole la piel a causa del fogonazo.

El hombre cayó como una res apuntillada.

Y entonces llegó lo que me sorprendió, tanto a mí como a la pelirroja.

Mark Hayden, cubriéndose la cabeza con ambos brazos, trataba de escapar a los golpes que Anne le propinaba con la barra de una cortina.

Tanto Claire como yo nos detuvimos al ver a Anne en plan de vencedora.

Y Hayden, en su huida, tropezó con el pandillero que había quedado atravesado en la puerta del apartamento.

El hombre cayó de manera violenta, dio luego una voltereta y quedó panza arriba, agitando brazos y piernas, tratando de lograr una posición que le permitiese ponerse de pie.

Anne se había detenido al vernos.

—Tranquila, rubia. Has estado magnífica.

—Menos mal que has llegado a tiempo...

—No podía fallar.

—Yo temía que ellos te diesen caza antes de que llagases hasta aquí. Ese sucio sapo pretendía esas fotocopias de que me apoderé. Pero lo que más le importaba era que cayeses en la trampa. Te odia.

—Ahora me odiará más, no te preocupes.

Asesté a Hayden un fuerte puntapié en un costado y cuando giró repetí con otro que le alcanzó en el rostro.

Aulló de dolor y comenzó a sangrar por la boca y nariz.

Logró incorporarse y apoyado contra la pared, me miró con ojos que reflejaban cómico espanto.

Me dirigí a la rubia:

—Anne. Pienso que vas a quedar sin empleo. Porque no voy a seguir de investigador privado, ¿comprendes? Esto ha sido como un juego, pero que no pienso repetir.

Anne miró a la pelirroja. E intuyó que no debía proponerme el matrimonio, como había hecho en otras ocasiones.

Claire intervino para decir:

—No debe preocuparse por el empleo. Me ha ayudado y tendrá el mejor de una de las industrias de mi padre.

—¿Lloyd también va a trabajar para su padre?

—No. Lloyd desea ser libre y me parece bien... Pero en esas industrias hay chicos que valen lo suyo y que se sentirán encantados de trabajar con una mujer como usted.

Claire sabía convencer a la gente. Y Anne se apresuró a decir:

—En esas condiciones, acepto.

Yo estaba en vilo al pensar que podía llegar la policía de un momento a otro. Y no me darían ocasión para terminar el trabajo a mi manera.

—No perdamos tiempo. Queda el peor. Se nos puede escapar —dije.

Tanto Anne como Claire comprendieron.

—Vamos, arriba, granuja. Hay que dar caza a Craig antes de que escape. Y es lo que hará si llegar a olerse el fracaso —dije dirigiéndome a Hayden, obligándole a levantarse.

—Pues yo no me quedo aquí. La policía no comprende ciertas cosas y podría fastidiarme —dijo Anne.

Saqué el cuerpo del fulano muerto y cerramos el apartamento de Anne. Ya arreglaría todo aquello cuando diésemos con Don Craig.

A pesar de mis razones, estaba seguro de que en aquella ocasión iba a perder para siempre mi licencia de investigador privado. Lo cual no deja de ser una suerte. La verdad es que me había pasado de rosca.

Obligamos a marchar con nosotros a Hayden.

Y poco después nos instalábamos todos en el auto del mismo Hayden.

Me puse yo al volante. Y enfilé en dirección a la residencia de Craig.

Hayden dijo al comprender mi intención:

—Craig estará ahora en su oficina de propaganda. Las elecciones...

Le interrumpí diciendo:

—¿Rodeado de guardaespaldas? Gracias. Ya he matado bastantes. Le haré venir a su casa.

—No nos quedan guardaespaldas, lo que se dice guardaespaldas. Usted ha tirado a dar.

—No estábamos de broma, Hayden.

Llegábamos al suntuoso edificio en donde vivía Craig. Su coche se hallaba detenido a la puerta. Miré a Hayden.

—Parece que acerté. Ese fulano pretende huir y dejarle en la estacada.

—¡Maldita sea...!

Aun no había detenido yo el coche cuando vimos salir a Craig del edificio. Iba solo y llevaba un maletín bastante voluminoso en la mano. Se fugaba, estaba claro.

Hayden se dio cuenta de las intenciones de Craig y me sorprendió abriendo la portezuela y saltando del coche cuando yo no había frenado aún.

Corrió Hayden intentando alcanzar a Craig. Yo no tenía idea de si trataba de huir con él o si iba a recriminarle por su abandono.

Y desenfundé mi pistola dispuesto a evitar que escapasen.

Don Craig había abierto el coche y soltado en él su maletín. Había descubierto a Hayden que corría dispuesto a darle alcance.

Y Craig pareció poco dispuesto a llevar consigo a su compinche, porque a la vez que se retrataba en su rostro un gesto de ira, desenfundó una pistola y comenzó a hacer fuego.

Vi que Hayden se estremecía al embarcar las dos primeras balas. Y que comenzaba a caer.

Fue cuando Craig nos descubrió a nosotros y se dispuso a barrernos asimismo del mundo de los vivos.

Tuve que adelantarme a tirar. Pero le quería vivo y disparé para desarmarle. Lo conseguí.

Se estremeció al recibir el balazo, viéndose obligado a soltar el arma.

Saltó entonces al coche y lo puso en marcha, lanzándolo a una velocidad que tenía algo de suicida.

Me sorprendió como poco antes lo había hecho Hayden. Puse el coche también en marcha dispuesto a seguir a Craig.

Éste había desaparecido de nuestra vista al girar por una esquina.

Se escuchó entonces un ruidoso choque, seguido de gritos.

Cuando giramos por la esquina descubrimos el coche de Craig que se había ido contra un poste del alumbrado, estrellándose contra él y derribando el poste.

El coche se incendiaba en aquel momento. E instantes después hacía explosión. Sí, con Don Craig adentro. Aquello era el final.

* * *

Me costó trabajo el arreglo con la policía. Salí bien gracias a la documentación acusatoria contra Craig y contra el propio Hayden. Y también gracias a las declaraciones de Claire y de Anne, sobre todo de la primera. Declaraciones a las que se sumaron más tarde las de Connie Finn.

Eso sí: Perdí mi permiso para actuar como investigador privado. De lo cual doy gracias, porque no me volveré a meter en más líos.

Fui recibido en uno de los más limpios e importantes periódicos de la urbe. Mis reportajes sobre el caso eran sensacionales. Aquello me abrió la puerta a la fama dentro del periodismo.

Anne, bien colocada por Claire, se tomó unas vacaciones antes de incorporarse a su nuevo empleo.

Y ya todo tranquilo, dije a la pelirroja la primera vez que nos quedamos solos:

—Ya eres libre. Cuando quieras nos podemos despedir...

—¿Despedir? Sería una ingratitud después de todo lo que has luchado por mí. Mereces mejor suerte que todo eso.

Palabra que me quedé de piedra y que comencé a pensar en alcanzar a Anne para tomar también yo mis vacaciones junto a ella.

Pero Claire prosiguió diciendo:

—Además. ¿Para qué perder tiempo con tantas peticiones? Tenemos tu apartamento, de momento. Y estoy dispuesta a prepararte una suculenta cena... Pero antes nos casaremos...

—¿Una cena...? ¿Casarnos?

—Sí, hombre, sí. Y luego pasaremos una luna de miel tremenda. Onduló su cuerpo graciosa y provocativamente.

FIN



Alfonso Arizmendi Regaldie, San Cristóbal de la Laguna, Islas Canarias, (España), 1911 - Valencia (España) 2004), más conocido por el seudónimo Alf Regaldie formado con la abreviatura de su nombre y con su segundo apellido, de origen francés, aunque también utilizó el de Carlos de Monteroble.

Aunque nació en la localidad canaria de San Cristóbal de la Laguna, durante la mayor parte de su vida residió en Valencia, por lo que se le puede considerar con toda justicia miembro de pleno derecho de la escuela de ciencia-ficción valenciana.

Al igual que ocurrió con otros muchos contemporáneos suyos, tuvo la desgracia de verse atrapado en la vorágine de la Guerra Civil española, participando como combatiente en el bando republicano lo que le acarreó, como es fácil suponer, serias dificultades una vez acabada la contienda, llegando a estar encarcelado por ello durante siete años.

**YA ESTAN A LA VENTA
LAS OBRAS INEDITAS DE**

M. L. ESTEFANIA

**el famoso autor del género
Oeste, que en calidad de**

NOVEDAD EXCLUSIVA

publica

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.

en sus colecciones

CENTAURO y OESTE LEGENDARIO

APARICION SEMANAL. RESERVE SU EJEMPLAR

DESDE AHORA
EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
publica en calidad de
NOVEDAD EXCLUSIVA

en sus series
CENTAURO y
OESTE LEGENDARIO

las primeras ediciones
de las obras de
M. L. ESTEFANIA

el autor mundialmente famoso
que a través de sus relatos
llenos de fuerza y colorido,
ha sabido prestar nueva vida
a los esforzados personajes
que forjaron la leyenda del
viejo y salvaje Oeste.



APARICION SEMANAL
ASEGURE LA RESERVA
DE SU EJEMPLAR

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 20 PTAS.